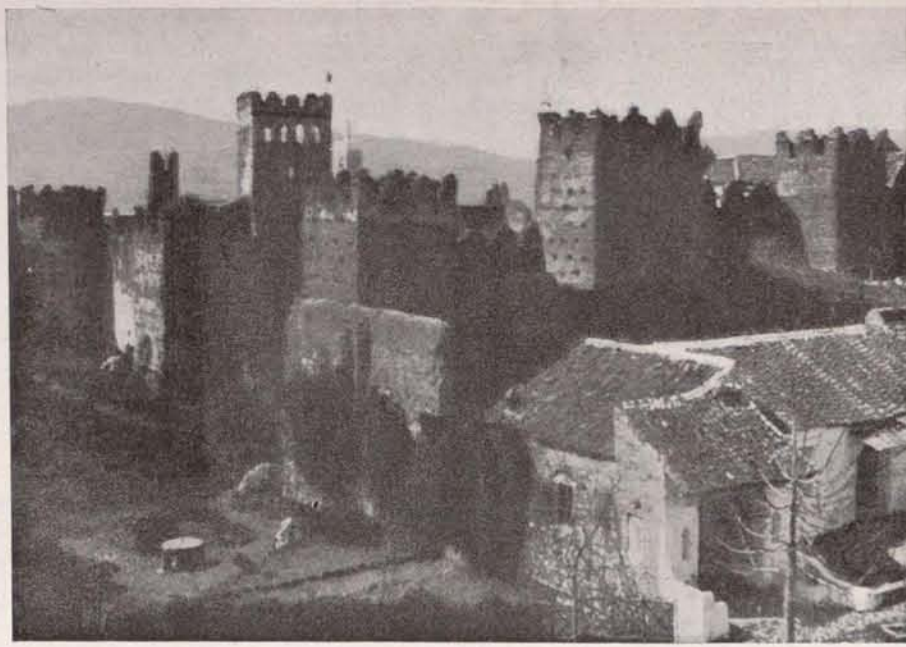


PASCUA MORA
DEL CORDERO

Por RAFAEL MARQUINA

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



XAUEN.—Un aspecto de la Alcazaba.

Aquel día nace más claro que ninguno. Y por si este deber se le olvidase y por si siente veleidades de amenazar con lluvia, el moro, diligente, adelanta el alba, como aquellos gallos que en el poema del "Mío Cid" "cantan apriesa e quieren quebrar la aurora". El moro aquel día siente que lleva en el pecho el sol claro encendido y no hay nubes que puedan ensombrecerlo. Una alegría, más alegre que ninguna otra, porque es, además, generosa, le canta en el alma. El moro, antes del alba, se lanza a la calle, y aquel día nace más claro que ninguno.

Es el día de la Gran Pascua del Cordero, día de trepa y de refocilación, de caridad y amiganza. La gran hora blanca de su comunión en la sangre del cordero pascual. Se cumplirá el rito y para todos habrá en el gran día condumio y hartazgo. Todos serán llamados al gran baquete. El poderoso, en su palacio, sacrificará gran número de reses, y todo aquel desvalido o menesteroso que llame a su puerta recibirá su ración. Y le será llevada también al que gime, inválido, en su yacija, y al paralítico en su rincón y al que no tiene ni rincón. Nadie, en la ciudad ni en el campo, quedará falto de su ración de cordero. La mácula de la sangre en el blanco vellón lo ha hecho más inmaculado.

No ha amanecido todavía, y ya las callejas del barrio moro de Tetuán desbordan de albornoces, jaiques y chilabas. Cada indumento parece estrenar un color nuevo. Cada color parece recién nacido. Mujeres y hombres han sacado del arca sus vestidos mejores. En sus atavíos lucen todos su fantasía.

Allá fuera, entre la ciudad y el aeródromo, la "Messala", abierta hoy para el rezo colectivo, espera a los fieles. Muda, yerma, planicie sola entre cuatro enanos paredones blancos, está, por lo común, llena de vacío. Un vacío consagrado, religioso, tocado de la gracia de Alá y magníficamente inútil para todo menester profano. La "Messala" es como la pequeña y cercana Meca de Tetuán. En esta Fiesta del Cordero abre su puerta y acoge a la multitud ferviente.

Desde la ciudad acuden, en grupos compactos y ruidosos, los hombres, mientras las mujeres, blancas y herméticas en el misterio de sus vestiduras celadas, se distribuyen en las pequeñas altitudes de las terrazas, en las lomas suaves, en los altozanos breves, componiendo, con asimetría monótona, con algarero bullicio, cuadros de luz, de gracia y de armonía. Así, la distancia desde la ciudad a la "Messala" aparece en ambas márgenes florecida de albura, y por el cauce discurre, apresurado y gayo, el gran río de los fieles.

En la hora sagrada, la "Messala" se va llenando de devotos. Algunos aportan almohadas donde sentarse. Dejan todos sus babuchas a la entrada, y enseguida, con fervor lejano y abstracto, se entregan a la oración. No hay en la "Messala" minarete ni muecín. En su exaltación devota, la "Messala" reza con la frente en el suelo.

Del "Mexuar" ha salido ya la comitiva del Jalifa. Jinetes en corceles briosos, enjaezados con pompa oriental, el Gran Visir y los altos dignatarios escoltan a Muley Hassan, en cuyos ojos negros y profundos se enciende una avidez curiosa. El grupo, colorido, brillante,

fastuoso, magnífico en la gallardía abigarrada de su gracia, avanza entre la multitud, centuado su perfil bizarro por los gritos agudos de las mujeres, en los cuales la "i" alargada y estridente suena como un clarín frenético. Con una destreza que se viste de pompa, la comitiva avanza hacia la "Messala", en cuyas proximidades se apuesta y espera una incalculable multitud expectante.

El Jalifa va a cumplir el rito. Llega, con su séquito, a la "Messala", descabalga, se descalza, penetra en ella y reza. Rezan con él los fieles que llenan el recinto. Elevan sus voces al paraíso de Mahoma, se inclinan, se curvan, elevan a veces las manos, alejados de todo, como ausentes, transportados a la ferviente delicia de las puras evocaciones.

Fuera, la multitud reza también y espera. Hay en el aire, quieto y callado, como una expectación flotante. Ha salido el sol, y su caricia parece anticipar a lo precedero una confortación de lo eterno.

El Jalifa se asoma después a la puerta de la "Messala". Respetuosos y solemnes le acompañan, a breve distancia, sus ministros, su chambelán, el Gran Visir de la barba de plata. Unos servidores le acercan entonces el blanco cordero escogido para el sacrificio. Es bello como un símbolo, rollizo como una realidad. Una fantasía simplista lo ha adornado con galas primarias y sencillas. Avanza con cierta prevención indócil. El Jalifa toma, de las manos de su chambelán, un cuchillo luciente. A su lado, unos servidores sostienen el aguamanil y la toalla.

Y el rito se cumple, el sacrificio se consuma. Un momento, bajo la sombra de Alá, se han cruzado las miradas del Jalifa y del blanco cordero, en una comunión de mutuas piedades. Al amparo del cielo azul y de la

luz dorada, el Jalifa sacrifica la res inocente, que dobla el cuello blanco y se derrumba.

Mientras el Jalifa, purificadas ya sus manos en el aguamanil de plata, cabalga de nuevo y emprende el regreso a su "Mexuar", y las muchedumbres se dispersan, abandonando aquellos lugares, unos hombres se han apoderado de la víctima palpitante para trasladarla rapidísimamente al palacio jelifiano. Es el momento en que han de cuajar, para todo el año, los augurios y los presagios. Serán funestos o propicios, según el blanco cordero propiciatorio llegue muerto o vivo a su final destino. Si llega con vida aún al palacio, el año será venturoso; de lo contrario, algún mal nefasto patentizará la cólera de Alá.

Antaño, pues, estos momentos tenían el prestigio temeroso de lo desconocido. Todo un pueblo se recogía con temblor ferviente en la expectación de lo futuro. mientras, desesperadamente, sobre un caballo galopante, el cordero era conducido al "Mexuar", en desenfundada carrera, para que no muriese en el camino.

Hogaño, los moros no tiemblan en la incertidumbre. Hogaño han sobornado a la Fatalidad. El cordero es conducido en una camioneta automóvil, sin sobresaltos ni zozobras. Y llega siempre con vida a las puertas del palacio. La tradición se ha motorizado.

La gran fiesta, el día blanco del cordero, ha comenzado. En toda la tierra islámica se celebra con igual y auténtica fidelidad el rito antiguo.

En Marruecos tiene, para nosotros, con la belleza de su exotismo, la fuerza de su significación. En Tetuán, la presencia de S. A. el Jalifa le presta una particular importancia, una mayor solemnidad. Pero, en todas partes, tiene celebración sumisa y arrigada.

Xauen, allá arriba, entre sus dos montañas vigilantes, sagrada, intacta y alpujarra, envuelta en un prestigio centenario, cubierta de misterio hasta los ojos, como una de sus mujeres, se entrega también al rito de la pascua. Y al pie de la Alcazaba en ruinas, bajo el garabato estático de las cigüeñas, la carne del sacrificio es devorada con religiosa gula.

En las callejuelas estrechas y empinadas, los "bakalitos" han cerrado sus puertas. Una gran paz, acentuada de soledades, pone quietud en los ojos y en las almas. Y en la plaza, acentuando el misterio, el sol cae como una bola que, al dar en el suelo, se deshace.

Aquel día, como tantos otros, Xauen, tan encerrada en el prestigio de sí misma, al participar unánime en el rito generoso y augural, se siente cerca del Paraíso.

Advertencia a los colaboradores

Repetimos, esta vez de una manera terminante, que no devolvemos ninguna clase de original literario o artístico que se nos remita sin haberlo solicitado nosotros por escrito. El hecho de depositar en nuestra redacción un original y de que aquí se recoja cortésmente no quiere decir que se haya aceptado. Quisiéramos que los muchos escritores simpatizantes con nuestra revista, y que aspiran, dándonos con ello un motivo de orgullo, a ver sus trabajos reproducidos en nuestras páginas, se dieran cuenta de que no podemos mantener correspondencia sobre sus originales, ni constituirnos en archiveros de sus estimables producciones.

Reiteramos a todos la seguridad de que leemos con atención cuantos trabajos llegan a nuestras manos. Prueba de ello son los artículos, cuentos, poesías y dibujos de excelentes escritores, poetas y dibujantes que, desconocidos en la Prensa de Madrid, han encontrado en CIUDAD una cordial madrina que los ha lanzado con el mayor entusiasmo y los mayores honores. Encontrarán nuestros amigos que es una posición muy justificada la de exigir para nuestra revista una calidad nada fácil de hallar, por cierto, pero que existe, sin duda, en una generación nueva de muchachos, escondidos algunos en las provincias y preteridos injustamente. Ahora bien: el hecho de ser novel está muy lejos de denotar, por sí solo, buena calidad literaria y artística.

Agradeceríamos que se nos ahorrara tener que ocuparnos de nuevo de este tema.

Cloque colores

última moda.. 14 ptas. metro

Piel mate poin-

telle 11 -

Crep anny. . . 8,50 -

Crep arabesco. 7,50 -

Picrep mate. . . 5,25 -

Tejidos última novedad

en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES
Eleuterio
FUENCARRAL, 14



Cerezos japoneses

ESA raza menuda de humanidad y grande de gesto y gesta, violenta y fina, guerrera y lírica, sonriente y brava, apasionada y cauta, que son los japoneses, tiene de vez en cuando unas ocurrencias que nos dejan a los occidentales maravillados, confusos y conscientes de que somos todavía unas gentes godas, llenas de groserías y de pelos. ¿A qué otro pueblo del mundo se le hubiese ocurrido hacernos este presente frutal y floral de unos miles de cerezos para que ilustren nuestras aceras urbanas con el plumón de nácares de sus flores y la metáfora pastoril y barroca de sus brillantes frutos primorosos?

DEL Japón ha llegado un barco cargado de... ¿De qué? De plantones de cerezo, para que vosotros, niños de España, seáis los guardianes de su infancia de finas varas desvalidas, sin más amparo que vuestro cariño, en espera

esta túnica del símbolo nacional fué quitada del cuerpo ferrado de los buzones, en honor a una mayor practicidad, y se les puso una veste roja, para que el viandante los pudiese ver desde distancia mayor y no perder demasiado tiempo buscando la alcántara postal donde posar el ave presurosa de su carta.

A qué criterio de practicidad obedece esa lúgubre pintura, que los oculta hasta tornarlos casi invisibles con su "camouflage" de navíos contrabandistas? ¿Qué es lo que se trata de ocultar: el buzón o la bandera de la República, sumergida en las turbias honduras de esa costra verdinegra, que tan sucios y peligrosos tropos nos sugiere?

MAESE Buscón", constreñido a pensar para dentro, mientras los mosquetones andan majeano por la calle, piensa estas y otras muchas cosas y se las calla.

Y volviendo al tema de los buzones y de los colores, estos días acaba de tener una satisfacción patriótica y repu-

Porque tengo para mí que los inspectores, cuando, alguna que otra vez cada año, van a cumplir con su deber, lo cumplen muy arreñados en las espléndidas butacas que en el salón les tiene reservadas la Empresa para hacerles su durísimo oficio más llevadero y tolerable. Pero si alguno de ellos quiere arriesgarse conmigo hasta las alturas, donde pernoctamos los dejamos de la mano de los dioses de los "enchufes", ya verá lo que es canela y cómo se cumplen las ordenanzas en las salas de espectáculos de Madrid. Después nos acordamos de Santa Bárbara cuando hay "Novedades"...

Miss Kattle dice

MY dear fellow: Estuve dudando entre irme a Mallorca a ver florecer el primer almendro o quedarme en Madrid esperando el Carnaval. Me he documentado ampliamente sobre estos dos espectáculos, y han luchado en mi conciencia, durante unos días, mi nativa afición hacia las bellas cosas de la Naturaleza y mi inclinación cultural hacia los fuertes espectáculos humanos. Indudablemente, el "debut" floral del almendro, con su gracia pueril de heraldo blanco anunciando primaveras, con su gracia núbil de velada novia adolescente, con el primor fino y musical de sus sonajas de nácares alegres, atrae todo cuanto de acuarelista y de prerrafaelista hay en mi británica persona. Pero, por otra parte, mi calidad de psicóloga presbiteriana, a quien interesan las formas de la paganía actual, me retienen en Madrid, atraída por la promesa de sus fuertes escenas populares. Mis frecuentaciones a Goya, mi manía de coleccionista de grabados del XIX, mi lectura de los costumbristas españoles de la misma centuria, me hacen ya degustar de antemano el desfile de las marquesas y los majos por el Salón del Prado, bajo discreto antifaz, que oculta los rubores iniciales de la aventura picaresca; los desfiles de los caleseros con las mozas de partido, ataviadas con cucas, dijes, volantes y madroños, con la pompa de sus miriñaques, abiertos como grandes rosas en el diminuto pescante; las comparsas de ensabanados por el típico Avapiés; los bailes de Cuchilleros, Bordadores... Luego, el "Entierro de la Sardina" en la Pradera, con su cortejo fantasmal y borracho de sombras bamboleantes, en la noche, con hachones encendidos..."

BUENO, bueno, mi estimadísima señorita: usted está ciega o chiflada. ¿Qué puede usted esperar del Carnaval madrileño? ¿Es que no ve usted los síntomas? ¡Válgame Dios! ¡Si no hay más que ver esas fúnebres comparsas de mozalbetes que, desde hace un mes, recorren las calles, durante la noche, tocando pa-



Cerezos floridos a orillas del río Kajikawa.

de que sean, una primavera de éstas, arbustos adolescentes con su penacho florido y alegres como vosotros y como la primavera, de la que son heraldos de cristal, y, más adelante, arbolones copudos, por cuyo lomo acortezado de mansas bestias forestales vuestra gula subirá, en integral abrazo de todo el cuerpo, en busca de la pulpa reventona de azúcares y carmines...

CIUDADLOS, niños de España, que para vosotros son. Es decir, nos los repartiremos. Los poetas, con una glotonería de ojos ávidos, gozaremos de su belleza, y para vosotros, íntegra, su riqueza. A amar y a cuidar a estos nuevos amigos japoneses. Al que rompa una vara, paliza. Esa debe ser la consigna de cada barrio. Los cerezos japoneses son los embajadores fabulosos de un país espiritual, que permanecerán años y años en las calles con el exclusivo objeto de renovar sus presentes cada primavera en el país amigo que eligieron para su residencia. ¿Habrá algún brutote capaz de atentar contra esos vegetales diplomáticos, enviados plenipotenciarios de los jardines de Oriente? "Maese Buscón" no lo cree, y así lo hace constar.

AHÍ os quedan, pues, esos ramos que vienen del país de las leyendas, en las que tantas veces habéis visto juntos los sables y los crisantemos, el fino chispazo del "haikai" y la voz bronca del guerrero, la pétrea hoguera helada del Fujiyama y los temblores del gajo de cerezo florecido...

Símbolos

MAESE Buscón", en sus solitarios y melancólicos paseos por la ciudad, descubrió un día que los buzones de la urbe se convertían en lánguidas botellas del verde más sombrío y más borra de aceite que jamás concibió un pintor de brocha gorda. Como coincidió este subitáneo luto de los cilindros postales con el advenimiento de la cruda invierno, "Maese Buscón" pensó en la posibilidad de que los buzones, obedeciendo a la rotación eclíptica, tuviesen también su época de mustiedad y que en la primavera tornarían a brotar sobre ellos los colores de la bandera nacional, que no nació en abril, por acaso más o menos.

Pero el invierno se va—; buen viaje!—, y los colores no vuelven. "Maese Buscón" no ignora que en algunos países

blicana, que no está bien que se la calle. Y es que los colores de la bandera nacional, desaparecidos de los buzones y de tantos otros sitios y cosas, van, en cambio, a servir de ornato a los palcos de los desfiles carnavaleros, que están siendo enmascarados con la bandera tricolor, esperanza y símbolo, un día no muy lejano, de una España que se disponía a inaugurar una grave época de seriedad histórica.

Los buzones no reflorearán esta primavera, pero las carnestolendas aparecerán teñidas de republicanas.

Porque, a lo mejor, le República, para muchos, no es más que un alegre y fácil carnaval, que suele prolongarse todo el año.

Predicar en desierto...

HAY unas localidades en los cines de Madrid, de las que podría decirse, glosando la frase de Cervantes, "donde toda incomodidad tiene su asiento"... y cada asiento su incomodidad. Entre las filas de butacas, hay apenas veinte centímetros de separación, y el espectador rezagado que tenga que pasar a las que están algo distantes del pasillo central—pues laterales no existen, a pesar de que lo dispone la ordenanza respectiva—, tiene que hacer levantarse a toda la hilera de absortos cineastas, que a veces son hasta veinte, siendo además lógicamente apedreado por los denuestos de quienes pagan su localidad para estar cómodos y para ver el espectáculo, y no para estar haciendo flexiones de piernas y para ver el respetable dorso de los ciudadanos, que no suele ser ninguna maravilla.

EL otro día tuve que levantarme un par de docenas de veces y perder todas las "actualidades". Hasta que me cansé y le dije al acomodador: "Dígame, esto ¿es una sesión de cine, o una academia de gimnasia sueca?" A lo que el acomodador me respondió, con la finura que caracteriza a los de su honrado gremio: "Si no está usted bien, se marcha; o, si no, quéjese a la Empresa."

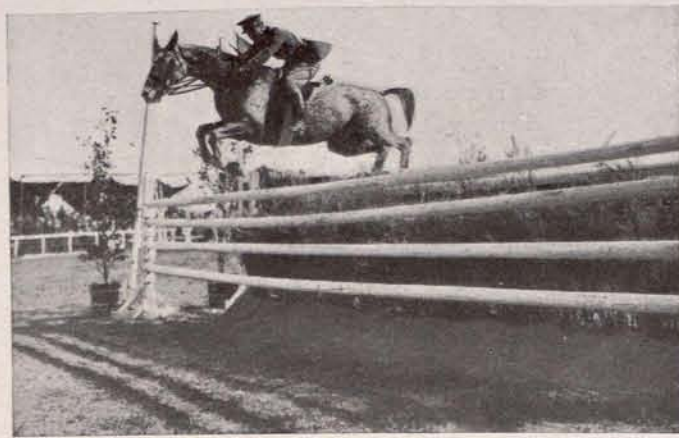
SI la Inspección de Espectáculos es capaz de pensar en algo más que en cobrar sus emolumentos, ¿ha pensado alguna vez en lo que sería un incendio para los pobres humanos, metidos en los embudos de las localidades altas?



sodables y pidiendo perras gordas!... ¿Ha visto usted en su vida nada más lúgubre, menos esperanzador que esas veintenas de muchachos, marchando a paso militar, serios como ladrillos y presididos por una bigardona, llevando un estandarte, seca, sosa, con un aire de Minerva de arrabal y tiesa como si se hubiese tragado una escoba?... Bueno, pues eso.

Quisiera equivocarme—pues escribo estas líneas el sábado de Carnaval—, pero me parece que ha perdido usted una magnífica oportunidad de irse a Mallorca a ver florecer el primer almendro, que es uno de los pocos espectáculos bellos, ciertos y puntuales que han quedado en esta España entristecida...

HIPISMO



El Marqués de los Trujillos, el jinete que más ha contribuido a nuestro prestigio hípico internacional.

Sobre la selección hípica de Niza

Por "EL PAJARO"

Seguimos esperando la celebración de la segunda exhibición de los jinetes que aspiran a competir en el Concurso Internacional Militar de Niza y, seguimos, por tanto, sin que se haga el nombramiento de los que han de representarnos. Como de costumbre, por falta de organización se hacen las cosas tarde y con daño, que es lo peor.

Con daño para el éxito del concurso, porque faltan cuarenta días para que la gran competición nicense comience, y en ese tiempo es necesario no sólo hacer el nombramiento, sino el acoplamiento de caballos, que no se reduce a la asignación de los animales que les faltan a algunos de los jinetes elegidos, sino que este acoplamiento es más largo e importante, requiere imprescindiblemente un tiempo (más o menos largo, según las condiciones vulgares o extraordinarias del caballo), pero un tiempo para que el jinete se dé cuenta de sus facultades y sepa aprovecharlas en su grado máximo.

Es muy corriente oír: «Como los jinetes son muy buenos, con cuatro días que puedan disponer de sus caballos, basta». Esto, además de ser un error, es un atentado contra el buen éxito del concurso, cuando se trata de la de Niza u otras competiciones donde es necesario el máximo rendimiento de las facultades del semoviente. Claro está que un buen jinete, montado en un buen caballo, pasa todos los obstáculos que le presenten en la competición, pero si no está compenetrado con él, atacará los obstáculos con la idea de irse al otro lado (nos referimos a los grandes obstáculos) y no le sobrará nada de sus recursos de jinete por muchos que posea, mientras que si conoce perfectamente su montura y tiene dominio sobre ella, podrá hacer concesiones y montar en forma que le lleven no sólo a pasar al otro lado, sino a pasar sin falta y dando el mayor número de facilidades al caballo, lo que en la mayoría de los casos evitaría violencias inútiles, dará confianza al caballo y será la base del triunfo. Para poder montar así, es decir, bien, pues lo otro es solamente montar, se necesita conocer plenamente las facultades materiales y las cualidades, que pudiéramos llamar morales, de su caballo.

Seguros estamos de que nadie que domine plenamente la equitación sobre grandes obstáculos podrá opinar de otra manera, aunque no falte el *ilusio hípico* y el *super jinete*, para los cuales no hay dificultades.

Quede, pues, concretamente fijada la idea de que el acoplamiento o compenetración de jinetes y caballos es un factor importantísimo, que de no existir origina en el jinete un exceso de precauciones incompatibles con el máximo rendimiento y, sobre todo, con el mínimo de faltas.

Tengan esto bien en cuenta los directivos hípicos, pues sin este requisito, aunque no nos gusta presumir de profetas, auguramos poco éxito en la Olimpiada de Berlín.

Todo esto no es más que falta de organización. En el último número de CIUDAD, al ocuparnos de la primera prueba de la selección para Niza, indicábamos el anhelo general de los jinetes por tener un jefe hípico permanente, que por estar en constante contacto con la afición y tener conocimientos y prestigio entre los jinetes fuera su director y el encargado de aunar y encauzar de una manera eficiente la labor individualmente desarrollada con los caballos adquiridos por el Estado para los concursos hípicos internacionales. Este sería un primer paso para remediar muchas de las dificultades que ahora resultan casi insolubles.

Para resolver completamente la cuestión sin aumentar gastos al Estado (antes al contrario, disminuyéndoselos, ya que evitaría el deterioro de muchos caballos de precio sin el debido rendimiento), bastaría con que el Estado, al igual que Francia, Italia y otras naciones, creara la situación de oficiales disponibles afectos a concursos hípicos internacionales. Esto no aumentaría los presupuestos, toda vez que hay en Caballería más de 60 jefes y oficiales disponibles forzosos.

Estos jefes y oficiales, cuyo número podían ser 10, más los profesores de la Escuela de Equitación del Ejército, podían estar agregados a la citada Escuela y bajo las órdenes directas del jefe seleccionador a que aspiran nuestros jinetes, con lo que, disponiendo cada uno de dos caballos solamente, tendrá siempre el Estado veinte caballos dispuestos para toda clase de concursos y convenientemente acoplados y entrenados.

Estas plazas podían ser adjudicadas mediante concurso y examen práctico, con lo que siempre serían un aliciente y un estímulo para el verdadero aficionado, que vería en ellas la meta a la cual podría tender sus aspiraciones hípicas.

Claro está que esta idea que apuntamos es una de las muchas soluciones que puede darse a este asunto, que, por estar completamente virgen de organización, admite infinidad de so-

HOMBRES Y GORILAS

El misterio de los "monos superiores", esos seres tan próximos a nosotros y, sin embargo, tan diferentes, ha apasionado siempre la imaginación de los hombres. Las innumerables leyendas que en todos los países evocan dragones, minotauros, habitantes de los bosques y de las cavernas, atestiguan la obsesión de esta monstruosa animalidad en las civilizaciones primitivas.

Como se sabe, nuestros antepasados debieron luchar, en períodos muy remotos de la prehistoria, contra formidables animales hoy desaparecidos, tales como los tigres gigantes de Europa y el mamut. ¿Hubo también entre esas bestias prehistóricas "supergorilas", orangutanes particularmente ingeniosos que habrían librado a los hombres luchas homéricas? Tal es el problema que se plantea hoy a la ciencia.

En estos momentos, precisamente, hay una misión científica francobelga que hace un cruceo por el Pacífico. Su finalidad es estrictamente humana: tiene el propósito de explorar, después de la isla de Pascua—la de las gigantescas estatuas prehistóricas—, las regiones de la Polinesia Oriental, y luego la Malasia, en donde se hicieron en la época cuaternaria enormes migraciones de razas humanas.

No sería nada de extraordinario que se descubriese en los terrenos de Java o Tahití esas grandes osamentas, esos cráneos voluminosos que representarían los últimos restos de los más grandes enemigos de nuestros antepasados.

¿Es posible que de las razas de monos ordinarios haya salido semejante raza gigante, temible y... provisoria? Sí, responde una ciencia nueva, la de la herencia, que nos muestra a nuestro alrededor especies vivas variadas que



¿No ha de verse en esta familiaridad el subconsciente afecto de un origen común?

han salido bruscamente de una especie antigua y, muy a menudo, efímera.

Herencias curiosas

La ciencia de la herencia ha quedado mucho tiempo inexistente. La sabiduría de las naciones afirmaba simplemente: "A tal padre, tal hijo", afirmación que realmente era demasiado corta para explicar la infinita variedad de tipos existentes.

Un monje moravio, Juan Mendel, debía pasar a la inmortalidad por haber descubierto, en 1865, las leyes precisas de la herencia vegetal, estudiando los cruzamientos de los guisantes que efectuaba en el huerto de su monasterio. La importancia de las leyes mendelianas no fué advertida en vida. Fué hacia 1900, que se constituyó esta ciencia capital, pero terriblemente compleja, que Cuénot y Bateson debían extender al reino animal.

Veamos, por ejemplo, estos ratones blancos y estos ratones negros; cruzándolos, obtendremos ratones grises, que presentan la mezcla de los caracteres paternos y mater-

luciones, y cualquiera será buena, siempre que tienda a fomentar y estimular la afición, obteniendo a la par el máximo rendimiento de los caballos que el Estado dedica a mantener el nivel hípico de nuestros oficiales, que han de ser además mantenedores de nuestro prestigio hípico internacional.

nos. Pero si ahora cruzamos dos de esos ratones grises, obtendremos una mezcla de animales grises, blancos y negros.

Se concibe la enorme importancia que puede tener la reaparición de los caracteres ancestrales cuando se la aplica a la raza humana. Por esta ley (que simplificamos al extremo), se explican esos "anormales", esos criminales, o, por el contrario, esos genios, esos artistas que aparecen con largos años de intervalo en las familias y que nos hacen pensar en el milagro...

Agreguemos que ciertos caracteres dominan, es decir, que se imponen con más fuerza cuando uno de los padres los aporta en el momento de la procreación. Así, los negros dominan sobre los ojos azules, los cabellos oscuros a los claros, la gordura a la flacura, el temperamento nervioso al linfático. Ciertamente, las excepciones abundan; pero esas leyes y muchas otras se justifican en gran número de individuos, y esto último es lo que cuenta en la evolución de las razas.

Y ocurre que en esta sucesión de generaciones, tan bien reglamentada, se produce a veces un fenómeno extraordinario. Un ser nuevo, un verdadero monstruo aparece en la descendencia por una "mutación" brusca. Generalmente, esos monstruos viven poco y casi no se reproducen; pero puede suceder que se perpetúen y funden una nueva especie.

De esta manera han nacido el zarcero, el perro pelado, el gato sin cola, las aves de corral negras y sin rabadilla, el mirlo blanco, los ratones enanos, las valsadoras, los angoras, de doble cola, y, entre los hombres, los albinos, los que sufren de daltonismo, los polidáctilos, los hemofílicos, toda una serie de tipos imperfectos de nuestra raza.

Estudiadas en el microscopio las células reproductoras, tanto las animales como las vegetales, han revelado la existencia de partículas muy pequeñas, cromosomas, en donde residen los caracteres hereditarios. Hay 48 cromosomas en el macaco, 60 en el caballo, 24 en el caracol y en el lirio, 16 en el bananero y la paloma. En esos minúsculos gránulos de albúmina es donde reside, materialmente, nuestro destino: que se altere un gránulo, y el niño que nacerá será Pascal, Beethoven... o un loco.

También entre los monos superiores tales "mutaciones" han podido producirse; ciertos biólogos creen haber encontrado razas particularmente aptas a la mutación en un animalito que vive en la Malasia, que se para y posee manos guarnecidas de uñas, inmensos ojos verdes y cerebro muy desarrollado; se le llama "Tartius espectro", y representaría el grado más elevado de nuestros hermanos inferiores.

En el país de las invenciones perdidas

Las investigaciones actuales no son menos interesantes en lo que concierne a las migraciones humanas que han irradiado sobre la superficie del planeta, y cuyo centro primitivo ocupaba, según parece, esta zona. La ciencia antropológica sigue sin dificultad a esos hombres primitivos en sus viajes, gracias a su don de invención realmente prodigioso.

En la América del Sur, por ejemplo, se vuelve a encontrar un haz de caracteres culturales extremadamente típicos, venido en línea recta del "hogar humano" China-Malasia. Citemos el "boomerang", el arco para piedras, la cerbatana, la porra estrellada o anular, el tolete para los remos, el palo balancín para el transporte de bultos, las bebidas alcohólicas preparadas por la fermentación de granos previamente masticados, etc.

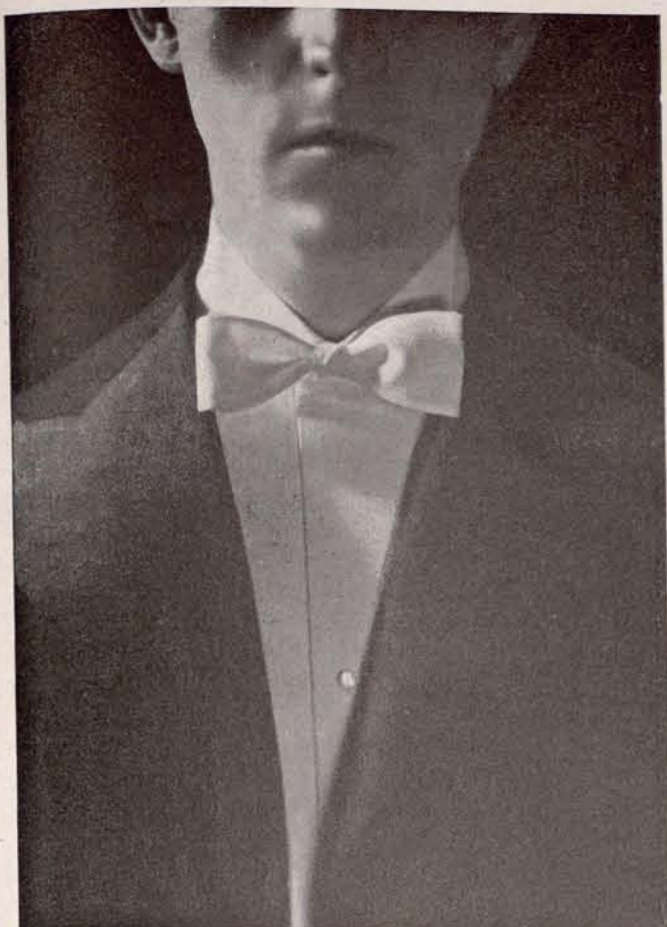
El "tapirage", que consiste en descolorar las plumas de los pájaros vivos, el "boomerang" y la piragua con balancín están todavía localizadas en esa zona del Pacífico Sur y se las encuentra desde California hasta el extremo Sur de Chile. La principal migración se habría hecho por el Antártico, mucho menos riguroso de lo que es hoy.

Por el contrario—y aquí la historia se vuelve apasionante—, se sigue la traza de los hombres primitivos en África, en Arabia, en los desiertos del Sinaí... ¡y hasta en Europa! Se sabe hoy que nuestros primeros antepasados europeos de la edad cuaternaria conocieron una verdadera civilización malaya, con la piragua de balancín, el propulsor, el arco musical y la mutilación de las falanges en señal de duelo.

Entré esas invenciones, muchas se han perdido en el curso del tiempo, como la piragua de balancín, que era mucho más estable que los barcos griegos; otras sobreviven, como el "boomerang", que se ha convertido en el temible cuchillo arrojado usado en las Baleares.

No todo es adquisición definitiva en el tesoro de los conocimientos humanos; mucho más preciosas que los barnices de Cremona y que el bronce de Creta, cuya fórmula está hoy olvidada, ¡sabe Dios cuántas invenciones se han perdido desde los tiempos en que nuestros padres combatían con los gorilas gigantes y el "Tartius espectro"! Se podría repetir aquí la frase desalentada de Paúl Valéry: "Ahora sabemos, ¡oh civilizaciones!, que sois mortales."

PIERRE DEVAUX.



Camisa de noche "Opera", de cuello vuelto y pegado. La pechera, el cuello y los puños son del mismo tejido, liso para el traje y en piqué para el smoking. La corbata es estrecha y del mismo tejido.

Creación de J. C. D'AHETZE

Os he prometido, queridas lectoras, ocuparme de vez en cuando de la cuestión vestimenta, referente a vuestros padres, esposos, hijos y hermanos. Lo hago doblemente gustosa, cuanto que aquí en Francia se hace actualmente una enérgica campaña respecto a indumentaria masculina. Por fin se han dado cuenta del gran perjuicio ocasionado a numerosas industrias por este tonto esnobismo: ir de cualquier manera. Es más que hora de remediar esta crisis de fealdad y de vulgaridad, sobre todo por el lado moral.

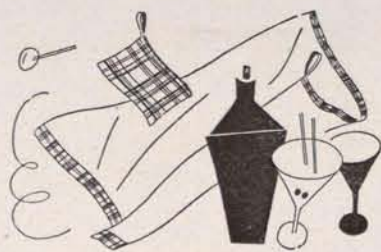
"¿Cómo es posible ocuparse de esa futesa que es la moda masculina en los tiempos críticos que vivimos?", dirán algunos. Y, sin embargo, desde que han existido revistas de modas y en las épocas más revueltas de la historia de los pueblos, se siguieron publicando, señalando las hechuras y los tejidos de moda para el "sexo fuerte".

¿Qué hombre, por importante que sea, se ha visto dispensado de anudar su corbata en los momentos más tumultuosos y más difíciles de su existencia? Y si la anuda bien, ¡qué prueba de equilibrio y de confianza! Lo mismo para un pueblo.

Digo esto para contestar a las personas que encuentren el momento inoportuno para hacer resurgir la moda masculina.

No creáis que los hombres llevan siempre la misma americana, el mismo cuello, el mismo chaleco, el mismo smoking, etc., y que la elegancia masculina estriba tan sólo en llevar trajes nuevos. ¡Gran error!

El sexo que se diferencia del bello se aprovecha de la poca atención que les prestan las mujeres para hacer pasar desapercibida su propia frivolidad, clamando contra la frivolidad femenina. Se queja de los cambios de moda, que son una ruina para el presupuesto común, pero no por eso deja de buscarlos con la misma ansiedad que lo hace el sexo bello. Se encoge de hombros cuando las mujeres añaden una fila de botones a la que ya adorna sus blusas, pero se cerciora cuidadosamente del número de botones que la moda señala para sus chalecos. Y con todo es lo mismo. No tiene vuelta de hoja: los que son frívolos, lo son tanto como las mujeres frívolas. Pero si entre los hombres, como entre las mujeres, hay algunos dispuestos a conceder demasiada importancia a su arreglo—lo que hace pensar en un espíritu mezquino y una pequeña vanidad—, existen entre los caballeros mucho más que entre las mujeres, muchísimos dispuestos a descuidar su vestimenta; es



contra ellos contra quien dirigimos nuestra "campaña", pues precisamente entre los dos extremos se halla el punto justo que debemos lograr, y hacia él deben tender los esfuerzos de todas las mujeres, madres, hijas, esposas y hermanas. Su ayuda puede sernos valiosísima, porque, en general, esa clase de consejos son escuchados y seguidos por el sexo fuerte. Es absolutamente necesario que sus compañeros armonicen con ellas en su vestimenta, a su propia elegancia. ¿Qué parece una americana al lado de un vestido de noche? Es una discordancia de una chillona vulgaridad. Por lo mismo, una madre, una hermana, harán muy bien en educar a los jóvenes en la costumbre de llevar el frac o el smoking. Las dueñas de casa están, por desgracia, demasiado acostumbradas a que sus invitados masculinos se preocupen poco de su vestimenta o de imponerse la menor

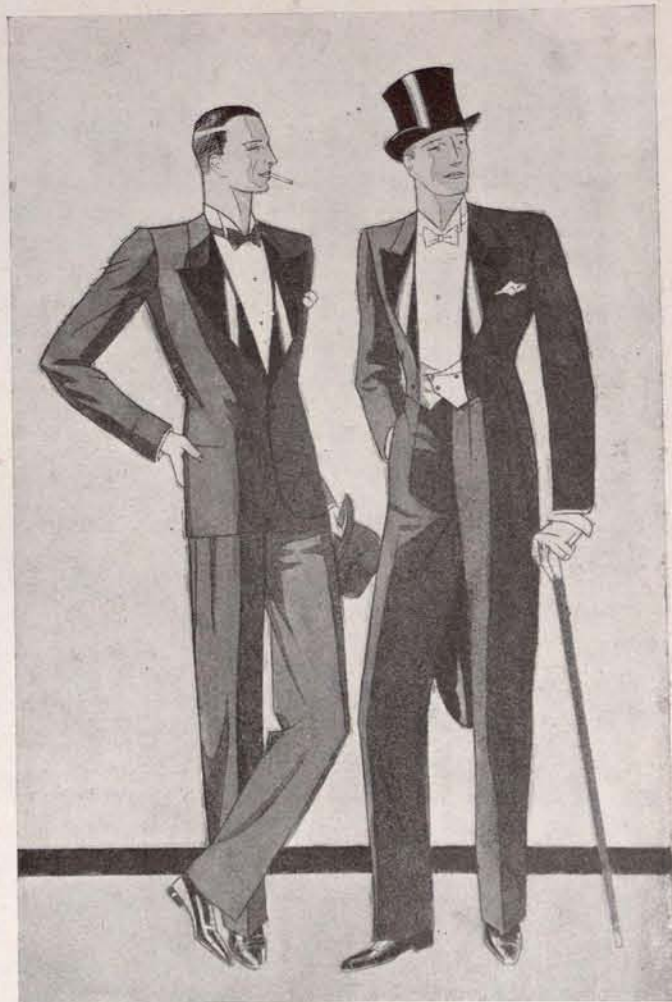
Modas

Cortes de París por Madeleine Millet

A la señora... para el señor

molestia; tanto más encantadas estarán de este "decorum", que sólo se encuentra en un restringido número de hombres bien educados. La costumbre del frac será, para un joven, algo así como una insignia de buena educación y de modales correctos y elegantes. Si la moda masculina no es tan variable como la moda femenina y dura al menos varios meses sin variación alguna, no por eso deja de sufrir algunas modificaciones de un año para otro. No valdrá la pena conservar un frac que no se podrá llevar más, si se obstina en hacerle durar varios años, exhibiéndole tan sólo tres o cuatro veces al año. Y no olvidemos que, a falta del frac, se puede llevar el smoking en un sitio público. Se cambia de espíritu al cambiar de traje, y creo que todos ganarían si muchos hombres comprendiesen que una gran parte de su papel en sociedad consiste en mostrarse tan elegantes como nosotras mismas en las diversas circunstancias de la vida. Y, además, el vestirse para la noche,

CAMISERIA
"Samaral"
C. Peñalver, 16
NOVEDADES MADRID



Ultimos modelos para gala masculina
Creación de Debacq y Cia., de París

dará el gusto para vestirse decorosamente de día. Cuidarse de su vestimenta, ¿no es una de las tradiciones más lejanas de los que se han elevado por encima de la vulgaridad? Muchas otras personas más que yo lo han dicho, es respetar la mujer que se acompaña, hacer honor a las gentes que se frecuenta.

Como acabo de decir, la moda masculina también tiene sus variaciones. Si para los profanos apenas se nota, no es lo mismo para los ojos de los hombres que saben vestir bien.

Voy a entrar en materia e indicar los principales rasgos de la moda masculina actual sin lanzarme a descripciones aburridas, tanto más que se ha probado recientemente que no se podía uniformizar en este terreno.

Vestir a un hombre es algo que precisa ser tratado con todos los recursos de un arte personal. Es una cuestión de vista, de línea y de conjunto por parte del sastre. Pero si se trata de detalles que hacen el traje viejo y obligan a ser reemplazado, es preciso prescindir del gusto personal y todos deben seguir los decretos de la moda.

He aquí algunas orientaciones: el pantalón se lleva algo más estrecho que la temporada pasada; la americana, un poco más corta; los hombros, rellenos, pero sin exageración.

La americana recta, con tres botones, es la más elegante para la ciudad. La cruzada, más entallada, con solapas más anchas, es más fantasía.

Para el "auto": Trajes de telas fuertes y abrigos gruesos de tejidos cálidos. Americana con bolsillos sobrepuestos y bocamangas vueltas. El abrigo debe ser bien amplio, con un gran cuello transformable y cierres en las bocamangas.

El abrigo del hombre de negocios debe unir a la corrección del abrigo de calle lo confortable y la flexibilidad de los tejidos de "sport".

Para acabar y para que esos señores no me odien demasiado por todos los consejos razonables que por vuestra mediación, queridas lectoras, me he permitido darles, os suplico contarles, de parte mía, la pequeña leyenda siguiente que he oído a mi compañero Marcel Lus:

En el año 1896, el rey Eduardo VII, a causa de un accidente, se hizo un roto en su pantalón, viéndose obligado a procurarse uno confeccionado que, por haber estado mucho tiempo doblado en los estantes del sastre, tenía un pliegue en el centro de cada pierna. Pliegue que, si no había sido hecho intencionadamente, lo parecía, llevado por su regio modelo, siempre elegante. La moda se extendió rápidamente. ¡Y todavía dura!



Prescot recordó el rostro bello de la hetaira, su andar de gato montés, sus senos celados por la seda, sus ojos, que sólo eran puros vistos desde fuera.

las cosas, y con un espíritu tan puro, que cruzaba los charcos del arroyo sin mancharse. Durante algunos segundos la envolvió en una mirada cariñosa y paternal, viéndose machihembrado a ella, como dos elementos de diferente signo. Únicamente la vergonzosa y accidental huida del sol escamoteaba esta identidad de positivo con negativo. Ella le acompañaba en este trance desesperado, cuando la voluntad, perforada por el barreno angustioso de una soledad gris, se desmoronaba hecha mil pedazos.

En esto, Prescott empezó a temer a su subconsciente. Se sentía arrastrado por él. Y se preguntó:

—Esta sombra... ¿no será la de mi subconsciente y no la mía?

Era como él, pero más negra que él. Justamente como su subconsciente. Le acompañaba en su complejo de soledad como una hiena traicionera, queriendo matarle.

La desesperación de Prescott le hizo llorar. Lloraba para adentro, con un rostro como el de esas máscaras orientales, heladas y espantosas, que no traducen la expresión dolorosa de los actores. Se olvidó del sol, de los hombres, del mundo. Incluso podría haberse olvidado de su sombra, dejándola enganchada en cualquier parte. Pero ella le seguía dócil y femenina, aunque Prescott la miraba ahora con furia, suponiéndola criminal y rastrera, pronta a clavarle su estilete en el quicio de una puerta, donde la sombra impidiera ver que había sido su sombra.

Prescot se maravilló de que todas aquellas gentes insulsas que pasaban a su lado no acudieran a él con un gesto cumpungido estereotipado en el rostro, lamentando muy de veras su percance sentimental, esa "débacle" estrepitosa en su carrera de conquistador de mujeres de "cabaret". En años de niño, la sangre de un dedo había reunido alrededor de su persona a parientes y lacayos, y una infección había levantado, a las cuatro de la mañana, a un eminente médico que publicaba libros y se sentaba en mullido sillón académico. Hoy, siendo más Prescott que nunca, bien logrado en tres dimensiones, se quedaba solo y solitario.

Quiso escapar un poco de su tragedia, volver a la realidad. Sus pasos le llevaban hacia ninguna parte, que es el lugar más lejano del mundo.

La ciudad era la misma, con un polvo de oro en el ambiente.

Prescot comparó su tragedia con la que debían tener aquellos hombres que le rodeaban. Y se compadeció a sí mismo. En una calle cortada por el cuchillo de una corriente de aire vió, entre trozos de tela y periódicos, un hombre partido por la mitad, dividido por dos, fuera de toda concepción matemática, emergiendo de una giba de dromedario.

Y se dijo:

—He aquí un hombre feliz. Nada le inquieta, porque está medio muerto. La mitad de su cuerpo falleció. Dios sabe cuándo. Yo quisiera, también, poder dejar los ojos fuera el día de mi muerte para saber lo que pasará, para llorarme a mí mismo.

Una familia de menesterosos, bloqueados por el hambre—ese cáncer de nuestro mundo—le dejó igualmente impávido.

Pensó:

—Felices vosotros, a quienes un pedazo de pan lleva el bienestar. Mi tragedia es peor que la vuestra. A vosotros un pedazo de pan os hace rechazar la idea de la muerte.



Sobre la carretera esmaltada, el cuerpo yerto de Prescott ha caído encima de la sombra de Prescott, aplastándola.

PRESCOT Y LA SOMBRA DE PRESCOT

Por LUIS CARO

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Prescot cogió el sombrero y salió, dando un portazo. La puerta, extraño barómetro de disgustos, exhaló un gemido a través de sus goznes, como si se hubieran quebrado sus articulaciones.

La ira de Prescott, al encontrarse al aire libre, perdió su color rojo subido y se expandió como los gases. Un sol de día 31 de mes, día prodigioso en que llegaban giros de fincas lejanas, inundó su cuerpo, abrazándose a él como una mujer amante, con esa untuosidad de sol que se toma a gusto y que difiere tanto del sol de los parados.

Su pensamiento, atornillado a una única obsesión, dió fuerza motriz a sus pasos. Se sentía llevado, y era maravilloso cómo sus pies sorteaban los accidentes del camino sin tropezar, sin hacer trastabillar todo el andamiaje de su cuerpo, alto y delgado, enfundado en aquel abrigo deliciosamente exótico.

No observó lo límpida que era la mañana. Tan distraído estaba, que ni se dió cuenta que la sombra le había esperado junto a la puerta, como un perro fiel, y que ahora le seguía los pasos, dando saltos de un lado al otro, salvando los obstáculos, eludiendo el tropezar con otras sombras.

Al doblar una esquina, la descubrió enredada entre sus pies, como los perros que se detienen en las esquinas y se quedan plantados sobre un interrogante. Prescott abrió el paréntesis de un intervalo en la madeja de sus pensamientos para dirigir una mirada oblicua a su acompañante.

No sabía si tenía o no cariño por ella. La recordaba desde tiempos remotos, pegada a él, como un traje de luto, tan deforme, y, sin embargo, tan propia, tan de Prescott. En un retazo de sus recuerdos la veía traicionera y mala. Fué un día en que hizo novillos. Al alejarse de la escuela había tenido que esconderse detrás de un árbol corpulento para no tropezar con el señor direc-

tor. Pero su sombra, maliciosa y negra, se plantó delante del mismísimo señor director, como diciendo:

—Señor: ahí está Prescott.

Se había acostumbrado a ella, como se había acostumbrado a sus gafas de carey y a vivir sin hacer nada, llenando sus horas huecas con humo rubio, gasolina y tóxicos enervantes.

La estuvo contemplando un rato, hasta que una capa de nubes se echó sobre el sol y le arrebató la sombra.

Su pensamiento, como un resorte, saltó hacia atrás, hacia la región donde se guardan, como en un cofre con crestas de nácar, los recuerdos queridos. Este recuerdo era de hacía apenas cinco minutos. La carta malva y malvada, con el sello de un perfume caro, había temblado en sus manos, vislumbrando en el interior el espantoso voltaje eléctrico de una negativa.

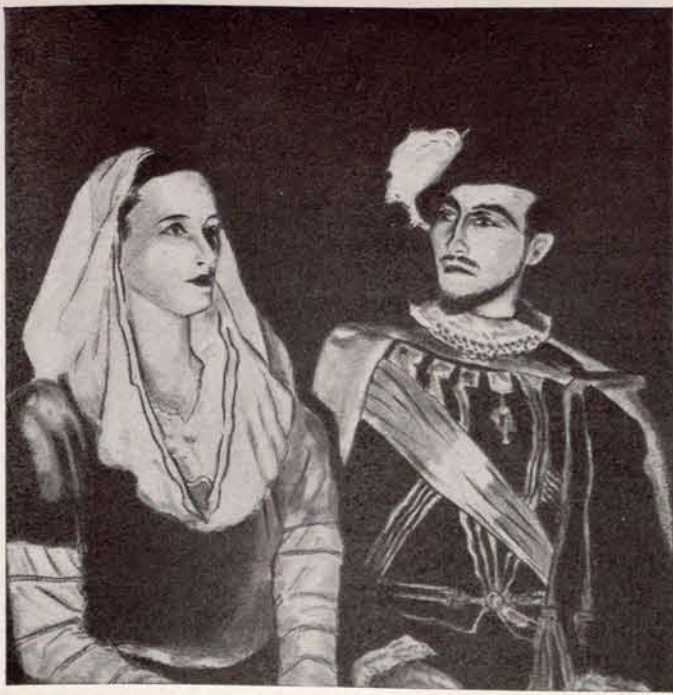
Prescot recordó el rostro bello de la hetaira, su andar de gato montés, sus senos celados por la seda, sus ojos, que sólo eran puros vistos desde fuera. Y se sintió de nuevo sacudido por la ira. ¡Despreciarle a él, a un Prescott!...

Ya en la calle, la ira dejaba paso a una desesperación lenta, de quien, queriendo dejar la vida antes de sufrir, sabe que va a vivir mucho más que los demás mortales. Las lágrimas se quedaron en la antesala de sus ojos, como sucede a los hombres (lo que hace que las mujeres les crean de piedra); el pecho se le infló como un fuelle, dejando escapar suspiros como burbujas.

—Esto es intolerable—se dijo—. Esto no le debe suceder a un Prescott. Y, además, no podré vivir sin ella. Es preferible morir.

Y tembló al ver que era su subconsciente el que quería verle morir.

El sol, al asomar por entre el crespón de las nubes, devolvió las sombras. Prescott vió la suya, saltarina y alegre, tan acomodaticia, que se amoldaba al contorno de



"El médico de su honra". M. Vital (Don Pedro) y María Elena Dasté (Doña Leonor).

Apunte de Segura.

DESDE PARIS

CALDERÓN EN FRANCES

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

En una escena minúscula, sobre la cual apenas si media docena de personas lograría echar al suelo su sombra sin que tocara la sombra de los otros, Calderón de la Barca acaba de ser presentado al público de París. El "Atelier", en efecto, es un teatro edición de bolsillo, incómodo, viejo, bueno para representar en él obras francesas de las llamadas "de teatro psicológico", carentes de movimiento exterior y ricas de diálogos profundos.

El gran Charles Dullin es el calderoniano parisiense. Dullin, que el año pasado introdujo varios autores ingleses del ciclo elizabetiano, entre ellos el patético y sensacional y estupefaciente Ford, genio casi español por su pasión, por su ilusión poderosa, por su movimiento de galopada, pasa de Ford a Calderón como si revisara dos vasos comunicantes (la España y la Inglaterra del siglo XVI y del siglo XVII tenían muchos puntos de contacto) y sin que el público de París sienta un solo instante la parabólica transición).

"El Médico de su honra" fué traducido, especialmente para el "Atelier", por Alexandre Arnoux, hábil y, sobre todo, enamorado conocedor del genio dramático español. Arnoux y todos los traductores del español conocen lo que el teatro francés debe al castellano. Todos los críticos de responsabilidad de París declaran la influencia—para no decir en ciertos casos "la copia"—del genio ibérico sobre el genio francés, y no olvidan en el tintero ni a Corneille, ni a Le Sage, ni a los románticos, ni a Molière, ni a los otros. Hace muchos años vi representar en esta misma homeopática sala del "Atelier" la obra calderoniana más accesible al París de nuestra época, "La vida es sueño", y tanto en aquella ocasión como en la presente, la Prensa puso a España en su real sitio espiritual.

Dullin trabaja en la representación, lo que es el mejor homenaje que el gran animador del teatro francés contemporáneo puede rendir a Calderón. Los decorados magníficos de Barsacq completaban la modernización del poeta madrileño. Quiero insistir en el vocablo "modernización", a causa del traductor M. Arnoux, quien algunas veces se alejó—movimiento intelectual—del original, a mi modo de ver con mucha justicia, para realizar obra adaptativa. Así y todo el Calderón todopoderoso y titánico seguía siendo Calderón, llenaba el teatrillo como si lo fuera a reventar, y asustó a París.

Y sintió su subconsciente espíandole sus flaquezas, afilando los dientes en la perspectiva de su rendición. Siguió pensando en aquella mujer de "cabaret", una flor de ambiente que, como las luciérnagas, sólo se comprendía como un trozo de la misma noche.

Sus pasos le habían trasportado a un parque suburbano, con estatuas antiguas a las que la lepra del tiempo había comido las narices. Pero allí sufría más aún, porque la naturaleza se ofrecía bella e insinuante, y porque en aquella atmósfera era imposible pensar en el "cabaret", y su flor exótica, de carmines y ocres, esa flor que se le había cerrado como una sensitiva.

Prescot se encontró fuera del bosque, donde la ciudad, en un último gesto de abandono, se entrega al bosque. Vió pájaros que trinaban para él sin saber que él iba a pasar por allí. Les tiró una piedra. Se reconocía neurasténico perdido.

Sin edificios disparados hacia las alturas, pudo ver

Lo asustó porque Calderón tradujo, tanto como Tirso y como Lope, la España irascible, dramática, gigantíaca y fanática de su época. Los amores de D. Gutierre, de doña Mencía, del infante D. Enrique, de doña Leonor, son demasiado violentos, demasiado patéticos para la mentalidad de París, sobre todo para la sensibilidad de un París que adora a sus autores nuevos, su Giraudoux, su Dujardin, su Crommenlynek, su Duvernois, autores que deliberadamente han prescindido de todo movimiento accesorio para presentar mejor la substancia, que han extirpado sin piedad todo detalle innecesario para atacarse a la síntesis.

A propósito del médico de su honra sevillano se ha citado al Oteló de Venecia, declarando que esos celos furibundos, que esas pasiones desaforadas y esos finales de drama en que muere hasta el apuntador bajo el sortilegio fatal de la capa y la espada, pertenecen a la arqueología del sentimiento del hombre. Y es que un francés y una francesa modernos son incapaces de ir tan lejos en la ruta del sentimiento como los personajes españoles del siglo XVI. Yo, mientras constataba el horror que despertaba en los nervios de los espectadores el remedio español contra la honra (¡la sangría!), me divertía pensando en lo insignificante, en lo inofensivo, en lo juicioso y en lo cómico que hubiera resultado una obra francesa moderna si hubiese sido presentada a los espectadores españoles del siglo XVI, en pleno ciclo de conquistas y de euforia, de demencia de la espada y de drama místico.

La idea granítica que los españoles calderonianos se hacían del honor jamás será comprendida ni perdonada por los parisienses, acomodaticios y filósofos, epicureístas y amigos de las soluciones fáciles. El francés fué siempre así. Lo vemos en todas las clases sociales, del monarca cornudo al simple burgués que provoca "esa" situación, a fin de que la tranquilidad reine en su casa. Se dice que pocos reyes han encarnado mejor la psicología francesa que Enrique IV. Este soberano llegó un día, de improvviso, a casa de Gabrielle d'Estrees. Notó que la real amante se turbaba. Comprendió. Se hizo servir una colación, prodigando a la inquieta Gabrielle cumplidos más cumplidos, entre risas y decires. Y al final, mientras la pobre culpable se desmayaba entre los brazos de una camarera, el rey, usando plenamente de su psicología de francés 100 por 100, tomó un pote de confitura y lo hizo rodar en dirección de la cama, cuyos cobertores dejaban asomar las espaldas de Bellegarde, su rival feliz, mientras exclamaba, riendo a carcajadas:

—Es justo que todo el mundo coma...

¿Qué personaje calderoniano haría otro tanto? ¿Qué noble castellano daría esa solución fácil, sonriente y filosófica a una situación tan delicada? Y conste que el episodio es estrictamente histórico, y que Enrique IV adoraba a Gabrielle d'Estrees, hasta el punto de que, si no se casó con ella, fué porque la muerte se la arrebató cuando hasta el traje de bodas estaba listo. El "honor" es: para un español, la tragedia; para un francés, la comedia. Imposible conciliar esos dos extremos que obedecen tanto a principios fundamentales del pensamiento, como a raíces profundas de la raza. El carácter francés siempre será para un español "demasiado acomodaticio". El carácter español siempre será para un francés "insoportablemente exagerado". El Pirineo es un espinazo de hierro.

Si los celos truculentos de Don Gutierre no serán comprendidos nunca en Francia, si es comprendido el alcance genial de Calderón. Lo fué en todas las épocas. Los clásicos y los románticos franceses se inspiraron en él más que en Tirso y en Lope. Hacia fines del siglo pasado, Verlaine dedicaba uno de sus "Sonnets Malsonnats" al autor de "El Mágico Prodigioso":

*Ce poète terrible et divinement doux,
Plus large que Corneille et plus haut que Shakespeare,
Grand comme Eschyle, avec ce souffle qui l'inspire,
Ce Calderón mstique et mythique est à nous.*

las nubes persiguiéndose en el añil del cielo, y en el silencio del campo, oír en los postes rígidos el caracol de mensajes recorriendo veloces la medula de los hilos del telégrafo.

La contemplación de la naturaleza le trajo algo de tranquilidad. Ahora no quería morir. Pero la sombra estaba allí para recordarle su tragedia; pronto volvió a sentir deseos de llorar, de volcarse fuera de sí mismo, anegado en sus propias secreciones. Se sintió vencido por su subconsciente. Adivinó que sus pasos no le habían obedecido a él, sino a su subconsciente, y que en aquel alejarse de la ciudad estaba la despedida del mundo, el adiós a la vida sin romanzas ni lirismos.

Volvió a pensar en aquella hetaira de "cabaret". Ella no conocería este ambiente, tan poco de invernadero, donde el "rimmel" y el "rouge" no rimaban con los colores auténticos de la naturaleza. Hubiera deseado verla, sin embargo. Ceñida en su abrigo, que

Y la crítica actual, siguiendo la tradición de los clásicos, de los románticos y de los simbolistas del siglo pasado, reconoce que hay distancias étnicas imposibles de conciliar entre los dos pueblos, que hay en Calderón muchas veces un zurcidor inhábil de escenas, que otras demuestra un talento abrupto, que más tarde aparece ingenuo, etcétera, pero al mismo tiempo constata, y hasta encuentra una especie de delectación al establecerlo de manera definitiva, que Calderón fué uno de los dramaturgos más completos y profundos que ha dado la humanidad, y que su genio desmesurado bastaría, si todos los otros genios españoles desaparecieran, para dar gloria eterna a la tierra que lo infantó y salvar del olvido la civilización que lo amamantó, cuando esa civilización ruende por los despeñaderos de la decadencia.

Hay que darle las gracias al gran Charles Dullin, que así hace alternar, en la Prensa francesa, con las revoluciones y los desastres económicos, la pura y clara gloria de Castilla.

Nuestros clásicos vistos fuera de casa

"El médico de su honra", en el "Atelier" de París

Tres actos de Calderón adaptados al francés por Alejandro Amoux

¡Hombre! ¡Si se trata de un drama tremendo de celos! Doña Mencía es una mujercita que se aburre. Uno no comprende por qué se casó con don Gutierre, a quien ya no teme ni quiere. Gracias a Dios, un accidente de caballo de que ha sido víctima el infante Enrique pondrá un poco de orden en todo ello. En otro tiempo, Enrique había perseguido en vano a la dama con su asiduidad. Ella lo había rechazado con fiereza. Ahora se advierte que hoy lo lamenta amargamente. Por eso, ¡qué emoción gozosa cuando le traen a su Infante palpitante y herido a su casa! ¡Ay! Doña Mencía es una mujer honrada, que cuida, ante todo, su reputación. Y deja partir al hermoso Príncipe sin darle «tanto así» de esperanza. Entiéndese que permanece fiel a su marido. Pero ocurre que don Gutierre no es un hombre serio: en un tiempo había prometido casamiento a una joven sevillana, Leonor, y no ha cumplido su promesa. La dama acude en queja al Rey. Ella pretende una pensión alimenticia: su vida, asegurada en un convento por los cuidados del infiel. Una querrela con el gentil hombre termina con la detención de don Gutierre y de su adversaria, a quienes se encierra en la torre. Hay quien está contento: el Infante. Apenas llega la noche, corre a casa de doña Mencía, quien continúa suspirando al ritmo de los surtidores del jardín y confiando su pena a todas las doncellas reunidas. Ella rechaza blandamente al infante Enrique, pues, lo repite, cuida mucho su reputación y tiene, sobre todo, mucho miedo a su marido. Y tiene razón. Porque don Gutierre ha conseguido sobornar al director de la prisión para poder pasar una noche junto a su esposa. Y poco faltó, pero muy poquitito, para que no sorprendiese al Príncipe en la habitación de la bella. Don Gutierre tiene algo de taimado y de celoso. Sospecha lo que se trama en la sombra. Y, no obstante, Dios y los espectadores son testigos de que allí no ocurrió nada. Pero ya el gusano comenzó a roer. La cólera de Gutierre no conocerá límite cuando, escondido detrás de un pilar, escuchará la confesión que Enrique hace al Rey, su hermano, del amor que siente por Mencía. El Rey ordena a su hermano abandonar Sevilla. Pero la hermosa Mencía le escribe que no obedezca. Gutierre intercepta la carta. La pobre Mencía está perdida. Su marido clama venganza. Ordena a un cirujano que haga una sangría a Mencía. Se creará en una muerte accidental... Así terminó Mencía, la inocente Mencía. El Rey, que no es engañado con esta abominable maquinación, no está contento. Quiere castigar a Gutierre, y le comina, como expiación de su horrendo crimen, a casarse con Leonor, la abandonada, la cual está muy contenta con este feliz desenlace. Se advierte fácilmente que no sabe lo que le espera.

La señorita Raquel Berendt es Mencía. Cuando era pequeña debieron decirle en su casa que se parecía a Sara Bernhardt. Y lo creyó. Dullin es Gutierre. Hace su difícil papel con su dominio habitual. El señor Sokoloff hizo de bufón español, pero es eslavo de la cabeza a los pies. María Elena Dasté, Leonor, es una hermosa comedianta. Una vez más, el «Atelier» ha hecho prodigios con la *mise-en-scène*, y el señor Barsacq, trajes y decorados que no puede menos de aplaudirse.

(VU, París)

tan bien le sentaba. Haciendo de ella una gran dama. Hubiera deseado gozarla con la mirada bajo aquella bóveda que le era tan propia. Pero para ello era necesario que no existiese aquella carta malvada. Ni su subconsciente. Ni la sombra. (La sombra, dócil, era una sombra chinesca sin pantalla donde proyectarse.)

Una carretera se abrió a los pies de Prescott.

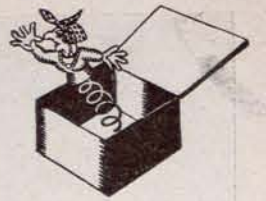
Prescot marchaba automáticamente con su misteriosa escolta.

Ha sido tan súbito, que hiela la sangre. La bala de plata ha pasado a cerca de 100 kilómetros por hora, con un polisón de humo blanco. Ha desaparecido a la misma velocidad y con el mismo impertinente olor a gasolina. El impacto casi ni se ha notado. Sobre la carretera, esmaltada, el cuerpo yerto de Prescott ha caído encima de la sombra de Prescott, aplastándola.

El cielo se ha puesto de luto y se sienten los alfilerazos de un frío sin sol.



LA CAJA DE SORPRESAS



Fritz Kreisler, músico clásico

El célebre violinista Fritz Kreisler acaba de revelar que él es el verdadero autor de tantas obras por él publicadas desde treinta años a esta parte, como arreglos y transcripciones de las obras de diversos compositores clásicos. Esta confesión ha sido hecha por Kreisler en respuesta a un musicógrafo que había querido saber cuáles son las modificaciones introducidas por el virtuoso en el preludio y el "allegro" para instrumentos de cuerda de Pugnani. Las composiciones de Kreisler están, en efecto, divididas en dos categorías: "manuscritos clásicos" y "obras originales". En el primer grupo se encuentran catorce composiciones atribuidas a Vivaldi, Porpora, Stamitz, Couperin, Cartier, Pugnani, Oittessdorff, Francouer y el Padre Martini. Fritz Kreisler ha declarado al *New York Times*:

"Todos los pretendidos manuscritos clásicos son enteramente míos, hasta en sus menores detalles, a excepción de los ocho primeros compases de la "Canción de Luis XIII", de Couperin, que los he tomado de una antigua melodía. La necesidad de ampliar mis programas me llevó a emplear este procedimiento hace treinta años. Había pensado, en efecto, que hubiera sido una falta de tacto mencionar demasiado a menudo mi nombre en los programas."

El editor y los amigos de Kreisler recuerdan que hace treinta años, el músico era ya conocido por el público desde hacía un lustro, pero que no era aún suficientemente célebre para que sus colegas, los virtuosos, hubiesen querido ejecutar las obras de su rival.

La confesión de Fritz Kreisler no perjudicará, sin duda, la admiración que la crítica musical profesa a esas composiciones "clásicas".

Times, Londres.

El carnaval en Montevideo

Montevideo está a un paso de Buenos Aires. Pero lo que en la capital argentina es seriedad, casi osquedad, que nace de un exagerado temor al ridículo, es en Montevideo jolgorio, bulliciosa alegría, ansia de diversión y anhelo grande, casi infantil, de que no pase el Carnaval sin dejar en el ánimo un recuerdo grato. Todas las clases sociales parecen confundidas en este anhelo. Y lo más interesante del caso es, que en el carnaval montevidiano no se registra el fenómeno de inferiorización de la masa, como ocurre en toda muchedumbre, fenómeno que tan bien analizara en su ya clásico libro Gustavo Lebon. Por el contrario, los estratos más inferiores de la sociedad realizan un simpático esfuerzo de superación para que su presencia en las mascaradas callejeras no le reste elegancia ni espiritualidad a la carnavalada. Este hecho es aislado aún dentro del Uruguay, porque en todas las demás poblaciones se observa, que tanto las máscaras como los que juegan con serpentinatas o flores buscan siempre a los de su condición para la broma o el juego.

Es así cómo el Carnaval de Montevideo tiene un prestigio que se extiende en toda la cuenca del río de la Plata. Cualquiera señora puede recorrer todo el trayecto del "corso", a lo largo de la Avenida Dieciocho de Julio, en la seguridad de que no será objeto de ninguna grosería ni de ninguna broma de pésimo gusto.

Característica principal del Carnaval de la capital uruguaya es su cantonalismo. La población revela entonces su sentido y su orgullo de barrio. Allí donde haya una calle que se ensanche, una calleja sin salida o una plazoleta, los vecinos de la barriada levantan un tablado, humorísticamente adornado, que recuerda las famosas fallas valencianas. Sobre ese tablado desfilan durante todos los días del Carnaval las comparsas, las murgas y las máscaras sueltas. Un jurado, compuesto por los más notables vecinos del barrio, se encarga de distribuir los premios, donados por el vecindario. Mecenas de esta fiesta cantonal es el tendero más próximo al tablado, quien, desde luego, hace su agosto, vendiendo a los espectadores las bebidas del tiempo. ¡Y vaya si se hace consumo! Porque el calor suele ser abrasador por esos días, y las gargantas son insaciables cuando se trata de beber cerveza o "chinchibirra", una especie de gaseosa agrídulce.

Pero lo que en la falla de Valencia y Castellón no es más que el final de la estrepitosa traca, el humorístico monumento que, apenas se lo ha contemplado, desaparece entre las llamas y el fragor, el tablado montevidiano perdura, subsiste tercamente hasta un mes des-

pués de pasada la algarada, como si la gente no se resignara a perder la posibilidad de la alegría que proporcionan esos días de locura. Y nada hay más triste que un tablado al sol ardoroso, cuando ya pasó el Carnaval y los vivos colores de las figuras se van destiñendo y toman los tonos desvaídos de las cosas definitivamente muertas... Por eso el valenciano, temperamento meridional si los hay, quema sin pena, exaltado, la falla, porque sabe que detrás de ella en ningún caso podrá haber nada más que humo, cenizas...

Pero hay en el Carnaval de Montevideo algo que no puede silenciarse: las comparsas de negros. Diez o doce muchachos que, si no son negros, están disfrazados de tales, recorren infatigablemente las calles de la ciudad y, al son de tambores que tocan con las manos, salen a bailar danzas etíopes, que han sufrido la natural transformación de varios siglos de aclimatación a orillas del río de la Plata. Ninguna melodía. Nada más que los golpes monorrítmicos del atambor. Y al compás de él, el negro se contorsiona epilépticamente. Hay en la extraña danza—como en toda danza—algo sexual y mucho de ritual. No se requiere de gran espacio para el baile, que se hace a fuerza de riñones. En cierto momento se diría que el bailarín trata de esquivar el látigo del capataz, que durante siglos—recuerdo de las épocas en que los ingleses negreros dejaron en las tierras vírgenes de América su dolorosa carga de carne esclava—caía sobre sus piernas—la par-

traordinario: puede morir cuando lo quiere. En efecto, varias iguanas capturadas por el Dr. Bartch murieron de repente, sin que se pudiera encontrar la menor razón, la menor causa. Otra de las iguanas cazadas por el doctor Bartch se debatía furiosamente; luego, de pronto, sintiéndose impotente, fué sacudida por un temblor y cayó muerta. Se creyó que era una treta. Pero, la iguana estaba bien muerta.

¿Cómo era posible? Nada sabemos. ¿Acaso esos animales de aspecto prehistórico mueren de miedo? ¿O tienen alguna glándula secreta que destila veneno?

Sea como quiera, las iguanas mueren a voluntad, y no viven de la misma manera que nuestros animales, puesto que varios lagartos gigantes capturados por el Dr. Beebe en las Islas Galápagos rechazaron todo alimento durante cien días y llegaron, no obstante, a Nueva York más fuertes que nunca.

Las iguanas, por otra parte, no son malas, y trataban de jugar con los hombres encargados de su custodia.

American Weekly, Detroit.

Bernard Shaw y el horno crematorio

Bernard Shaw se ha decidido a comprar acciones del nuevo horno crematorio que se está edificando actualmente en Charing (Kent). Este horno ha de ser el primero en esta región de Inglaterra. La Sociedad que lo construye ha lanzado 20.000 acciones de una libra esterlina, que fueron cubiertas en una semana. G. B. S. había pedido 2.500 acciones.

(*Evening Standard*, Londres.)

¡Cardíacos, desconfiad del esquí!

Habiéndose producido en las montañas situadas en los alrededores de Budapest varios accidentes, cuyas víctimas eran fervientes del esquí, el Consejo sanitario de la municipalidad de esa ciudad, después de haber comprobado que en cada uno de los casos se trataba de cardíacos, decidió someter en adelante a los jóvenes "sportsmen" a una vigilancia médica. Con respecto a esto, el profesor Hazenfeld, uno de los más grandes especialistas europeos de las enfermedades del corazón, ha tenido la amabilidad de hacernos las siguientes declaraciones:

"No puedo menos de aplaudir la decisión del Consejo. En efecto: las víctimas de los accidentes de esta naturaleza son casi sin excepción cardíacos que no lo sabían.

"Desde el punto de vista de su acción sobre el corazón, los deportes podrían clasificarse, en orden de peligrosidad, en esta forma: esquí, bicicleta, waterpolo, remo, natación, carreras de fondo, lucha, atletismo, "box", tenis, fútbol y, por fin, la esgrima. Esta clasificación ha de asombrar seguramente a más de uno; pero es un hecho averiguado que el "box" y la esgrima exigen relativamente muy poco al corazón. Por otra parte, mi intención no es exagerar los efectos nefastos del ejercicio de los deportes en la salud: lo que deseo es incitar a la prudencia a los deportistas de corazón débil. La experiencia demuestra además que el corazón de los campeones y de los "recordmen" de músculos fuertemente desarrollados tiene pulsaciones más lentas que el corazón normal. Citemos aquí el caso de Nurmi, cuyo corazón sólo late a una cadencia de 44 pulsaciones por minuto. Durante el desarrollo de un reciente campeonato de lucha internacional, en el cual hube de intervenir como examinador de los participantes, comprobé que la mayor parte presentaba latidos de corazón lentos, de un promedio de 60 pulsaciones."

(*Esti Kurir*, Budapest.)

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO -:- PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

te más sensible del negro—para moverlo a un trabajo más productivo. Ese movimiento esquivo lo ha transformado el negro en un paso de danza inimitable y bárbaro. Y así, contorsionándose hasta lo increíble, la comparsa de negros candomberos recorren infatigablemente las calles de Montevideo.

Son las tres de la mañana y todavía, desde el balcón del hotel, abierto a la noche calurosa, el viajero, rendido por el vagabundeo del día, oye los atambores de los candomberos.

E. P. M.

Los monstruos de las Islas Galápagos

Las Islas Galápagos, de las que tanto se habla en estos momentos, con motivo de la estancia que en ellas hizo la baronesa Wágnier, "Emperatriz de los Galápagos", poseen una especie de grandes lagartos, llamados iguanas, que se parecen mucho a los dragones de las leyendas.

El Dr. Paul Bartch, del Museo Nacional de los Estados Unidos, acaba de descubrir que la iguana tiene un don ex-

A nuestros colaboradores espontáneos

Nuevamente prevenimos a quienes nos distinguen enviándonos espontáneamente su colaboración, QUE NO SOSTENEMOS CORRESPONDENCIA SOBRE ELLOS NI NOS COMPROMETEMOS A DEVOLVER LOS ORIGINALES.

FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884





la soprano que ha debutado en París, en el concierto de la Orquesta Nacional, dirigida por Arbós, y ha dado luego un recital de música española, que ha merecido el elogio de la crítica parisense. La joven cantante, cuya reciente actuación en el Monumental Cinema fué entusiastamente aplaudida, reaparecerá el 11 del corriente en la Comedia.

La argucia de Jarvis

Por GOODFREY WILLIAMSON

Jarvis, empleado confidencial de Raymond Gurney, el rico comerciante de diamantes londinenses, sintió que su pulso se apresuraba mientras leía el telegrama que acababan de entregarle en su oficina. Llevaba la firma de su jefe y había sido despachado en un pequeño pueblo de Sussex. El mensaje decía así:

«Retrasado en el camino. Sospecho alguna pillería. Deposite en el Banco todo el contenido de la caja fuerte.»

Aunque su edad avanzada no le permitía la agilidad física, Jarvis estaba mentalmente alerta, y el primer pensamiento que atravesó su mente fué que el telegrama podía muy bien haber sido fraguado por existir algún astuto criminal familiarizado con los movimientos de Gurney.

El comerciante de piedras preciosas le había escrito el día anterior comunicándole que llegaría en automóvil a la tarde siguiente desde su residencia campestre de la costa del sur; de manera que el viejo empleado se dió cuenta que no podía permitirse el lujo de desconfiar del telegrama. Fuera o no auténtico, lo mejor era obedecer inmediatamente para estar a salvo de toda sospecha.

Su primera precaución fué cerrar con llave la puerta de la oficina. Después tomó una pequeña valijita de un rincón y la colocó sobre el escritorio. Una vez realizados estos preparativos, abrió la caja de hierro, dentro de la cual había una gran cantidad de artículos de joyería, collares, brazaletes, anillos, pendientes y alfileres, que trasladó rápidamente a la valija.

Sin pérdida de tiempo, quitó uno de los paneles del revestimiento de madera de las paredes, apareciendo la puerta de una caja fuerte; igual que con la primera, extrajo de allí un cierto número de pequeñas bolsas de terciopelo, que contenían las piedras sin tallar. Rellenando los espacios de la valijita que aún quedaban vacíos con papel y algodón, le echó las dos llaves y se colocó ambas en el bolsillo del chaleco.

Fué mientras se estaba abotonando el impermeable, antes de partir, cuando experimentó, de súbito, la sensación instintiva de que era observado. Levantó rápidamente la vista hacia la ventana, protegida por una gruesa reja, justamente a tiempo para distinguir una furtiva figura que se retiraba de improviso de la ventana opuesta de una oficina situada enfrente de la suya.

Una vez en la calle, se sintió un poco más a sus anchas. Dos minutos más tarde, un taxi le transportaba rápidamente a West End.

Ya no le cabía ninguna duda de que el telegrama era una trampa; pero, en realidad, no lograba entender las intenciones de aquellos contra los cuales debía proteger las joyas, aunque no dejó de darse cuenta de que él era uno solo contra muchos bandidos. Alguien había despachado el telegrama desde el pueblo de Sussex; otro le había observado atentamente mientras hacía sus preparativos en la oficina.

El astuto y anciano empleado sabía muy bien que el Banco de Gurney estaba a sólo un tiro de piedra de su oficina; pero era su intención despistar a los posibles perseguidores, de manera que ordenó al chofer que se dirigiera al West End. Sin embargo, en la excitación de la aventura, su ágil cerebro había pasado por alto un valioso factor: el tiempo. Después de dar varias vueltas y revueltas, el taxi se detuvo frente al Banco a las cinco y media. El edificio estaba cerrado y completamente silencioso. Dándose vuelta, notó la presencia de un poderoso automóvil color verde que se había detenido a pocos pasos tras él. Instantáneamente recordó haber visto el mismo coche, a media cuadra de la oficina de su jefe, no hacía más de veinte minutos.

En la esquina había un agente de policía, pero Jarvis abandonó su primera intención de requerir ayuda. Después de todo, sólo tenía sospechas vagas.

En esa forma, decidiendo que sería mejor poner a prueba sus sospechas, ordenó al chofer que le llevara a Edgware.

Pocos minutos más tarde se aventuró a mirar por la ventanilla de mica, y notó, emocionado, que el automóvil verde le seguía a menos de cincuenta pasos de distancia. Como lo había ordenado, el taxi entró en el camino de Edgware, y una nueva mirada hacia atrás enteró a Jarvis que era aún perseguido. En esta forma prosiguieron a través de Maida, Vale, Kailburn y Cricklewood, mientras el taxi corría ruidosamente a razón de 40 kilómetros por hora y el poderoso automóvil perseguidor moludaba su paso al del primero con sospechosa exactitud.

Después que hubieron pasado Hendon, Jarvis ordenó al chofer que tomara por el primer camino lateral que se presentara y lanzara el coche a toda velocidad. Siguiendo sus instrucciones, el conductor se arregló para sacar del viejo automóvil una penosa velocidad de 45 kilómetros por un solitario camino transversal.

Jarvis observó que el automóvil verde equiparaba inmediatamente su velocidad a la de su presa. Después, el taxi tomó de súbito un recodo del camino, y el empleado actuó con toda rapidez. Abriendo la puerta del automóvil, arrojó la preciosa valija hacia la zanja de un costado del camino. En el transcurso de la operación, estuvo a punto de perder el equilibrio, y antes de que pudiera haber recobrado su posición y cerrado la portezuela, el automóvil perseguidor dió vuelta también al recodo del camino y les alcanzó, en pocos segundos, a 100 kilómetros por hora. Deteniéndose en poquísimo tiempo, se colocó a través de la huella, impidiendo que pudiera pasar el taxi.

Tres hombres saltaron del poderoso automóvil, armados de pistolas automáticas. Sobresaltaron al chofer, detuvieron la marcha del motor y apretaron los frenos. Uno de ellos lo amenazó con el revólver, otro cubrió con el suyo al pasajero, y un tercero retrocedió unos pasos por el camino para extraer del charco la preciosa valijita.

Contemplaron burlonamente al anciano empleado, quien sollozaba emocionado.

—¿Creyó que podría distraernos para después venir y alzar la valijita con toda tranquilidad?—dijo uno de los bandidos.

—¡Muy bien hecho, pero se equivocó usted si creyó que trataba con novatos!

Con burlones saludos, los tres bandidos se despidieron de Jarvis, volvieron al poderoso automóvil verde, y un minuto más tarde habían desaparecido.

—¡De vuelta a Hendon!—ordenó excitadamente. El chofer logró recobrar suficientemente su energía como para obedecer la orden.

Diez minutos más tarde, el anciano empleado estaba de pie frente al comisario de la localidad.

—En primer lugar, quisiera que me proporcionara un traje—jadeó Jarvis—. Después haré mi denuncia.

—¿Un traje?—hizo eco el asombrado comisario.

—Sí—dijo Jarvis, desabotonándose el impermeable y apareciendo en paños menores. Pero en paños menores que valían una fortuna, porque sobre cada centímetro de ellos había una verdadera fortuna en diamantes, collares, pendientes y brazaletes. Siete pequeñas bolsas de terciopelo colgaban de su cintura.

—¡Que me aspen!—exclamó el comisario estupefacto, expresión considerablemente más suave que la emitida por los tres bandidos cuando descubrieron más tarde que el astuto Jarvis había empleado su taxi como cuarto de vestir y que la valijita de que se habían apoderado con tanto trabajo no contenía más que un saco, un chaleco y tres estuches vacíos de joyero.

Justicia norteamericana

Escuchad la historia de un juicio brutal y expeditivo, de esos que ocurren a menudo en los Estados Unidos; de un juicio en el cual la letra de la ley se ve ventajosamente reemplazada por el espíritu ingenioso de un juez quien, dudando entre varias soluciones igualmente inoperantes, prefirió, a fin de cuentas, "hacer gustar su propia medicina" a un coloso bracero peleador que vapuleaba a su mujer con el fin de pasar el tiempo.

El suceso tuvo por teatro la comuna de Vicentown, villorrio de 865 almas del distrito de Burlington, situado en el Estado de Nueva Jersey.

Juan Sensky, aserrador, de treinta años de edad y ciento diez kilos de peso, ciudadano de la susodicha villa de Vicentown, fué llevado ante la Justicia de Paz por "vías de hecho particularmente brutales". El juez, Sr. William Grady, había lanzado orden de arresto contra él, por denuncia de Isabel, esposa de Sensky, que acusaba a su marido de haberla copiosamente golpeado y zarandeado y, en esa misma ocasión, de haber castigado a su hijito Juan, de siete años, que se había atrevido a defender a su madre.

El Sr. William Grady, antiguo ingeniero que había trabajado recientemente al servicio de la U. R. S. S., tiene cincuenta años, mide un metro noventa y pesa solamente noventa y cinco kilos. En Vicentown ejerce al mismo tiempo las funciones de consejero de enseñanza primaria y de juez de paz. Es un hombre que razona rápidamente y bien. Por eso, apenas hubo lanzado la orden de arresto, hizo buscar a Sensky con la policía del Estado y, dejándolo en libertad provisoria, lo conminó a presentarse sin falta a la audiencia que había de tener lugar tres días más tarde.

"Sensky—narraba el juez a los periodistas—se confesó culpable, reconoció los hechos que están calificados en nuestro Estado, como no lo ignoráis, como de Derecho Penal "mayor". Y confesó también que no era la primera vez

que golpeaba a su mujer. "En este pueblo—confesó—, cuando los compañeros regresan del trabajo, dicen: "Entremos a hacer un pequeño round de box con nuestra mujer." ¿Y no iba yo a hacer lo mismo que ellos." En otras palabras: el tal Sensky me pareció un bruto, pero de ninguna manera un malvado.

"¿Qué podía hacer con él? Le pregunté por qué molía a palos a su mujer con tanto entusiasmo. No supo darme ninguna razón valedera, salvo que su mujer y su chico "lo merecían" de tanto en tanto. Me pregunté entonces: "¿Voy a aplicarle a este hombre la multa de mil dólares que prescribe la ley?" No terminaría de pagarla en los días de su vida. Es decir, que la pena corporal significaría para él dos largos años de prisión, que exige también la ley a falta de pago. "Pero—me pregunté en mi fuero interno—¿qué harían durante esos dos años su mujer, su chico de siete años y todavía un "peque" de un año, que vivían todos del trabajo del hombre?"

"¿Y si intentase hacerle desistir de su confesión?"—pensaba—. En ese caso, podría ponerlo en libertad bajo caución, mientras el asunto llegaba a la Corte del distrito. De esta manera me habría desembarazado de esta "tabarra", que ya me estaba molestando bastante. Pero yo sabía que Sensky no tenía siquiera con qué pagar cien maravedís de caución, y el resultado de mi maniobra habría tenido para él más bien la consecuencia enojosa de verse encerrado hasta la próxima sesión del jurado, que no comenzaba hasta abril. Y en este tiempo de invierno tan rudo conviene siempre que haya un hombre en la casa"...

—¿De modo que usted sostiene que su mujer y su hijo merecen, de tanto en tanto, una buena paliza?...

"Como veis, mi embarazo era tal, que me puse a repetir las preguntas para darme tiempo a reflexionar.

—Naturalmente—respondió este bruto, incapaz de encontrar la menor mentira para salir del atolladero.

—También tú la mereces—grité entonces, furioso más que nada por no tener a mano un texto que, a la vez que hubiese castigado al aserrador, hubiese aplacado mis escrúpulos humanitarios.

"Y sin pensar más, salté sobre él y le apliqué un puñetazo magistral. No muy fuerte, sin embargo, pues no quería desmayarlo, sino solamente hacerle sentir el gusto de su propia medicina. A ese primer golpe hice seguir dos más, tan enérgicos como el primero, y Sensky, que no hizo el menor gesto para defenderse, cayó desvanecido a tierra. Cuando volvió en sí (no tardó más que dos o tres minutos para reponerse el muy cochino...), le pregunté si no tenía vergüenza de hacer lo mismo con su mujer y con su chiquito inocente. Me prometió que no lo haría más, y estoy seguro de que cumplirá su promesa, os lo aseguro.

"Después de lo cual, di por terminado el asunto y puse en libertad a Sensky. El aserrador me pareció muy contento de haber escapado del castigo a tan bajo precio... No muy bajo, es cierto, porque al salir todavía se frotaba las mandíbulas. Me dió las gracias, y como yo tenía que acudir inmediatamente a una reunión del Consejo de Enseñanza, hice subir a toda la familia a mi automóvil (Isabel y su pequeño habían asistido a la sesión en calidad de partes) y los llevé a todos a su casa."

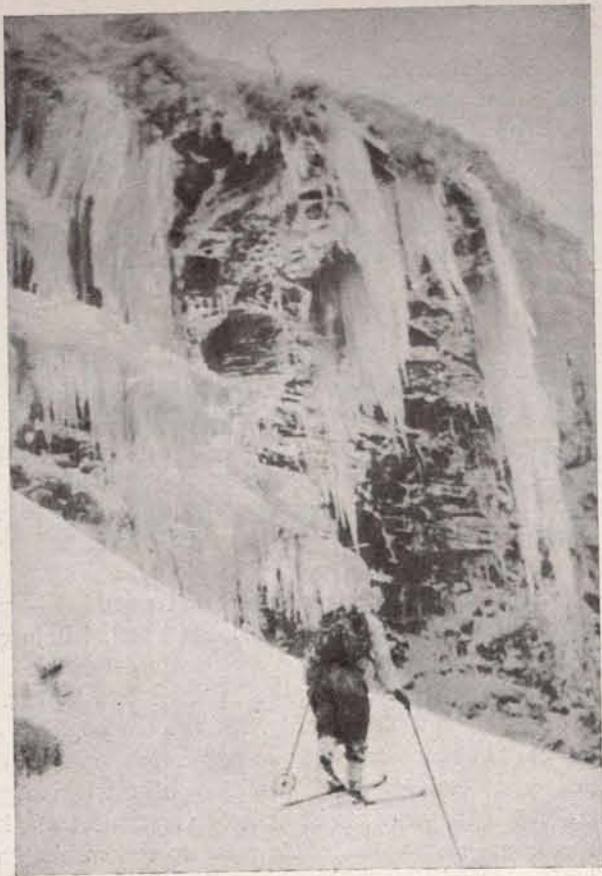
A una pregunta de los periodistas presentes, el juez respondió: "No creo yo que la señora Sensky esté tan maltratada por su marido. Es una hermosa mujer, grande y de brazos musculosos. Y si ella permite que su bruto de aserrador le pegue, sin hacer nada para impedirlo, debe ser porque le gusta. A mi juicio, ella merece la paliza si no se defiende. Pero en lo que se refiere a su acción de castigar al pequeño, eso no lo admitiré jamás. Por eso estoy muy contento de haber resuelto este fallo en el mejor interés de todos."

(New York Times.)

MONY HERMELO



la gran recitadora argentina, que ofrecerá próximamente una serie de audiciones en la Residencia de Estudiantes.



Francisco G. Pastor, atravesando el difícil paso de Alsa (Cordillera Cantábrica).

El deporte y la tragedia

Por LAPIRE

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Avezados al deporte desde nuestra niñez, no podemos menos de sonreírnos cuando algún ilustre de tertulia, que en todos los temas no es más que un mozo de comparsa, trate de salvarnos a los que practican el deporte, ya que, según él, es "reventarse"; pero cuando hemos sentido verdadera indignación es cuando hemos oído comentar la muerte de un querido amigo, que la fatalidad le llevó a perder la vida, una vida joven llena de simpatías y afectos.

Era el fenecido amigo nuestro un enamorado del deporte de la nieve, discípulo ya adelantado que durante tres años se perfeccionó en el manejo de los "skis". Llegó a la hora de la confianza y de la intrepidez, la hora de más peligro dentro del deporte, porque es en la que se tiene más confianza en sí mismo, y en la que se lanza uno en aventuras que le pueden dar glorias; pero que siempre la tragedia sigue los pasos de aquella ilusión clara llena de valentía que pone el deportista en su carrera.

Y es que el deporte sin este sello fatal no tendría ninguna emoción y estaría al alcance de todos los temperamentos. Los grandes ases del deporte, para conservar su popularidad, tienen que jugarse la vida tantas veces como segundos tiene la prueba en la que concurren.

Pero si la experiencia tiene este peligro, tan eminente en el deporte, el que ha pasado de neófito, el que está en el término medio y aspira a ser héroe y a llegar a ser popular, tiene un mayor peligro.

Y así estaba colocado nuestro buen amigo. Como un héroe, dispuesto a escribir en su carrera una nueva hazaña, salió de su casa el domingo día 24 de febrero, y allá en Soto, un pueblecito de Campoó, situado a las faldas de los puertos Saja y Palomera, llegó con sus amigos en un día que auguraba la tragedia, día tranquilo. Una brisa suave que fué arreciando, pero que no impidió a los esquiadores llegar al límite de la jornada, Venta del Sordo, situada en el alto de Tajahierro, en cuya venta tiene su refugio la Sociedad alpinista de este nombre.

Todos jóvenes, llenos de vida, disfrutaron del deporte y aquella brisa, que en principio nadie dió importancia, era la

tragedia para uno de ellos, esa tragedia que persigue al que expone y otras veces acecha al cobarde. Es en sí la fatalidad que está allí donde menos uno la espera.

El refugio, aquel albergue de los alpinistas montañeses, donde quedaron esperando la calma de los elementos, que ponían dificultades al regreso, los que no aspiraban a ninguna hazaña, mientras otros, en cien metros solamente, se jugaban la vida con la fuerte cellisca reinante, son ese elemento tan peligroso para el hombre de la nieve, tantas veces como se la juega aquel as que va en pos de la popularidad.

Zaiduondo, el deportista que encontró primero la tragedia y después la muerte en una de sus aventuras deportivas, era uno de los muchos, y no el más inexperto, que desafiando a los elementos luchó por salvarles, puesta su ilusión en la hazaña, que no admite ruegos ni consejos de nadie.

Es el deporte así, y en él la fatalidad juega un papel muy importante.

Las fotos que acompañan nuestra información son otras tantas interrogaciones que se abren al paso de estos deportistas en un momento en que huyen de la fatalidad.

El esquiador que atraviesa uno de los parajes más difíciles



y aparenta a la vista del lector una tranquilidad enorme, pero, en cambio, un resbalón podía dar con él en el precipicio, al borde del cual está, y que no es otra cosa que una laguna en

NIÑOS DE ESPAÑA



María del Carmen González Simooni

plena cumbre. La foto también nos muestra las maravillas del paisaje. Esto pudiéramos llamarlo los peligros del turismo.

En otra presentamos al intrépido motorista, que no repara que la fatalidad le salga al paso y se cife en la curva peligrosa ansiando el triunfo, sin detenerse a pensar las consecuencias trágicas que de ello pudieran derivarse. Casi estamos seguros que éste, sentado en el café tiene menos riesgos. Pero éste no se podría sentar en él para ser admirado mientras cuenta las incidencias de aquella prueba donde consiguió triunfar.

Presentamos también a un héroe del ciclismo español en unos momentos angustiosos de su vida deportiva. ¿Cuántas veces no se habrá tenido que jugar la vida un Vicente Trueba?

Ahí le tenemos en medio de la tragedia lanzarse al abismo, sin mirar tampoco las consecuencias. Así es el deporte y sus héroes.



Vicente Trueba, en la cima del Puerto Alisas; se le ve reflejado en su rostro una estúpida indisposición, que le privó de un triunfo seguro.



TEJADOS

Por FERNANDO ALLUE

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Tejados. Un mar de tejados y patinillos. Casas vistas desde arriba, sorprendiendo sus interiores, con las gentes por las galerías sombrías; tendiendo ropa y lavando las mujeres, durmiendo al sol los viejos, correteando los chicos. Algo—en escorzo de sueño—como lo que Vélez de Guevara descubriera con su diablillo cojuelo.

Y hay, visto desde aquí arriba, una sugerencia de avión. ¿Quién no se siente pájaro y se estremece al viento de la altura? ¿Quién no tiene una vaga sensación de vértigo y tiembla a la emoción de la caída sobre las tejas y los patios de vecindad?

Pero no hay tal cosa; todo ello es pura fantasía. Estamos en Madrid y sobre los puntos más típicos. Esas casas son de la calle de Segovia, vistas desde el Viaducto. Y tienen—¡cómo no!—el terciopelo suave de la evocación sainetesca, del mejor Madrid ochocentista.

Y, ahora sí, una elegía al Viaducto, en estas horas, es lo exacto y lo propicio. El Viaducto—navío sobre un mar nocturno picoteado de estrellas urbanas, fuselaje colosal de un avión gigante—muere, está muriendo. Ha caído ya, sobre el duro pavimento, el estruendo de sus vigas metálicas al grito—aquí, anacrónico—de la renovación.

El viejo Mesonero pone esta nota—que repasamos con emoción—en su "Antiguo Madrid": "En 31 de enero de 1872 tuvo el autor la satisfacción de ser invitado como iniciador del pensamiento a la solemne inauguración del magnífico Viaducto de hierro que se ha construido en el sitio mismo en que él le propuso en 1846."

Han pasado sesenta y tres años sobre el armatoste de hierro. Y durante esos años han podido contemplarse, bajo un perfil quebrado y anguloso de torrecillas, esquinas y espadañas, esas casas y esos patios de vecindad, esas islas de tejas rojizas y de interiores de galerías donde el buen pueblo de Madrid vivía su vida y su historia. (Y más allá esos campos, abiertos y ondulados, que se extienden, bellísimos, a Poniente, y que hicieron sonreír de gozo a Lope:

*"Campos de Madrid dichosos...,
muros de sus verdes cuadros;
hermosa alfombra de flores
donde tejiendo y pintando
está la Naturaleza
más ha de cinco mil años.")*

¡Rizados tejados, plátanos copudos de la calle de Segovia, hacia el sueño del río y de la sierra! ¡Qué bien contemplasteis aquel afán de vuelo de los suicidas! Porque, en efecto, los desesperados fueron un tiempo a quitarse la vida allí. El mar de la ciudad—de noche un negro mar de estrellas rojas, de día un océano luminoso de tejados y de arboledas—les atraía abajo (como a Ulises las sirenas) con su seducción de vientos y distancias.

(A algún suicida le nacieron alas y sintió, en sus segundos inefables, todas las emociones instantáneas del ángel o del pájaro.)



EN BUSCA DE UNA ESTRELLA

Al alcalde de Madrid, D. Rafael Salazar Alonso, y a los Sres. D. Wenceslao Fernández Flórez, Miguel Ligerero, Edgard Neville, José Pizarro, Rafael Martínez Gandía y Florián Rey estuvo confiada el viernes último la difícil misión de elegir la señorita más linda de las que se presentaron al concurso de belleza que organizó nuestro colega "La Voz". Difícil misión, porque no se trataba únicamente de elegir aquella candidata cuya belleza se ajustara mejor a los cánones modernos, sino que era necesario tener en cuenta otras condiciones exigidas para ser una perfecta "star" de "cine": fotogenia, buena dicción, natural despejo para representar una escena cualquiera, distinción, elegancia, etcétera.

¿Es necesario agregar que esta clase de certámenes levantan siempre una nube de resquemores, de intrigas, de resentimientos entre las candidatas postpuestas? Porque ¿qué mujer hay que no se crea con derecho a llevarse el preciado galardón que estaba en juego? Y mucho más cuando no se trataba de un título de "miss" puramente honorífico. Como es sabido, el

concurso de "La Voz" tenía, además de un premio en metálico considerable, algo que tenía la posibilidad de traducirse en un valor pecuniario mucho más considerable: la posibilidad de convertirse en una "estrella" del "cine" español. Ser "estrella" nacional supone tener libre el acceso de Hollywood, Meca de toda mujer que ha encaminado sus aspiraciones hacia la pantalla.

Nadie más interesada que la cinematografía nacional en hacer de una mujer hasta ayer desconocida una artista de la pantalla. Y fué una de las empresas españolas, la CIFESA, la que colaboró con el mencionado periódico de la tarde para descubrir entre nuestras jóvenes a la futura "estrella".

El mismo sábado se hizo en los Estudios que la CIFESA tiene montados en Aranjuez el ensayo fotográfico de Isabelita Pradas, que así se llama la señorita que resultó triunfante en el concurso de belleza. Bajo la dirección de D. Florián Rey, el hábil "metteur" de la CIFESA, la señorita Pradas ensayó algunas escenas de un "sketch" con Miguel Ligerero, y dos de las aspirantes al título que obtuvieron en la

sala del Barceló mayor número de votos: Eva Arión y María Luisa Garzón.

Asistieron al ensayo, especialmente invitados por la productora española, los representantes de todos los periódicos y revistas madrileños, a quienes se mostraron las modernas y completísimas instalaciones que acaban de ser inauguradas en Aranjuez, a poca distancia del pueblo.

¿Se habrá logrado hallar, al fin, la "estrella" que busca la cinematografía española? Confiemos en ello. La favorecida en el concurso es una niña casi, de rasgos finos, bien definidos, de natural desenvoltura y de gran vocación para las tablas. Su extremada juventud no le ha permitido desde luego dar de sí todo lo que es capaz, y no ha salido aún de alguno que otro papel sin importancia en la compañía de la Xirgu. Pero en los Estudios de Aranjuez, mientras se rodaban las escenas del "sketch", que pronto ha de conocer el público madrileño, la veíamos con todos sus sentidos puestos en las indicaciones de D. Florián Rey, su voluntad concentrada y firme en un solo propósito: triunfar.

Representantes administrativos de CIUDAD en provincias

LIBRERIA BARBAIS Vergara, 9.—SAN SEBASTIAN	SOCORRO GUEIMUNDE SANTIAGO DE COMPOSTELA	IGNACIO RODRIGUEZ SOLA PAMPLONA
ALFONSO P. ORTEGA VIGO	ELEUTERIO TABERA LA LINEA (CADIZ)	RICARDO DURAN LOPEZ CACERES
LIBRERIA LINO PEREZ LA CORUÑA	ELEUTERIO TABERA GIBRALTAR	JESUS M. GARCIA CARAVACA (MURCIA)
LIBRERIA MANUELA MARINAS LA CORUÑA	LIBRERIA AMOR VEGADEO (LUGO)	RICARDO VALVERDE PASAJES (GUIPUZCOA)
G. MOLINA GOMEZ Ballesteros, 4.—VALENCIA	LIBRERIA AMOR RIBADEO (LUGO)	BAUDILIO RUIZ SORIA
ANTONIO HERMIDA EL FERROL	JESUS DUARTE OVIEDO	TERESA IRALA DE SIMON BILBAO
ROGELIO BELMONTE General Esparteros, 9.—ALBACETE	FRANCISCO MONJE MORENO JAEN	LUIS MARTIN GUADALAJARA
JOSE MANTECA ORTIZ SEVILLA	EDUARDO ONTANON BURGOS	JOSE BLANCO MEDINA DEL CAMPO
JUSTO LLACER ALCOY (ALICANTE)	JULIAN MERINO Atarazanas, 7.—SANTANDER	VIUDA DE LUIS ARENZANA IRUN (GUIPUZCOA)
MATILDE CALZADA CADIZ	VIUDA DE JUSTO TOSCANO HUELVA	JUAN LOPEZ ASENSIO LORCA (MURCIA)
ALFONSO RAMIREZ ZAMORA	VIUDA DE LISARDO CASTRO ORENSE	JUAN FERNANDEZ FUERO REAL (CADIZ)
JOSE PABLOS GALAN SALAMANCA	SEÑEN PEREZ AVILA	SALVADOR DE DIEGO URGELLES REUS (TARRAGONA)
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES BARCELONA	JULIAN PAREJA TOLEDO	ANTONIO QUESADA EL ESCORIAL
JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ MURCIA	JUAN A. IGLESIAS ARES (LA CORUÑA)	LIBRERIA CARRERA ESPINEL RONDA (MALAGA)
JOSE BELMONTE CARTAGENA	BOIGUES Y SILES VILLA ALHUCEMAS (MARRUECOS)	AGUSTIN SAN EZEQUIEL TRINCHET CIUDAD RODRIGO
JUANA TORRES DE LA CAL VALLADOLID	RAIMUNDO ARIAS CADIZ	FRANCISCO VALERO VALLADOLID
VIUDA E HIJOS DE MIGUEL GENER JEREZ DE LA FRONTERA	EGEA HERMANOS VILLA ALHUCEMAS (MARRUECOS)	DANIEL BELTRA NOVELDA (ALICANTE)
FRANCISCO MARTINEZ VIERA SANTA CRUZ DE TENERIFE	DOROTEO SALAS CADIZ	ANTONIO PEREZ ELDA (ALICANTE)
IGNACIO ALCARAZ TETUAN	LIBRERIA MIRANDA OROTAVA (TENERIFE)	MARIO ANGULO MIRANDA DE EBRO (BURGOS)
BOIX HERMANOS MELILLA (MALAGA)	JOSE DIAZ GADEZ PALMA DEL CONDADO (HUELVA)	VICENTE BERENGUER MONOVAR (ALICANTE)
ENRIQUE GUERRA MARTOS CORDOBA	H. DE JULIAN VERDERA IBIZA (BALEARES)	LIBRERIA REBATE NAVALMORAL DE LA MATA
	MARGARITA CIFRE PALMA DE MALLORCA	